

SOCIALES
en DEBATE

06

Juventudes políticas

Marcelo Urresti
Melina Vázquez
Miriam Kriger
Dolores Rocca Rivarola
Juan Grandinetti
Ana Natalucci
Martín Rodríguez
José Cornejo
Florencia Polimeni

25
ANIVERSARIO

UBA Sociales
PUBLICACIONES

Marcelo Urresti

Juventudes políticas / Marcelo Urresti y Melina Valeria Vazquez Chicala. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires, 2014.

106 p. ; 20x20 cm. - (Sociales en debate)

ISBN 978-950-29-1475-6

1. Ciencias Sociales. I. Vazquez Chicala, Melina Valeria

CDD 301

Fecha de catalogación: 11/12/2013

Material elaborado por la Secretaría de Proyección Institucional

Área de Intervención Pública - Área Publicaciones

Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Marcelo T. de Alvear 2230 - 6 piso

4508-3800 int.187 - public@sociales.uba.ar

Subsecretaría de Publicaciones: Natalia Romé

Directora de la Colección: Luciana Strauss

Coordinador Área de Intervención Pública: Matías Palacios

Diseño y maquetación: Gabriela Brunetti

Corrección: Ricardo M. Rodríguez

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

SUMARIO

Presentación	01
La participación política de los jóvenes: entre la incomodidad y los fantasmas Marcelo Urresti	03
<i>La juventud en el kirchnerismo: sobre los principios de construcción pública de los compromisos y las adhesiones militantes</i> Melina Vázquez	11
Reflexiones acerca de la despolitización y la politización juvenil en la Argentina: entre la desestructuración y la reestructuración del Estado nacional Miriam Kriger	21
¿Y el partido? Militancia oficialista y jóvenes en el período kirchnerista Dolores Rocca Rivarola	
<i>Jóvenes de espíritu: Los usos y sentidos de la "juventud" en el PRO</i> Juan R. Grandinetti	29
Jóvenes y trabajadores: la experiencia de la Juventud Sindical (2009-2012) Ana Natalucci	39
Voces del problema: cibermilitancia Martín Rodríguez - José Cornejo - Florencia Polimeni	47

Presentación

06

Presentación

“Desinteresados”, “apáticos”, “desmovilizados”: estos son algunos de los calificativos que durante la década de los noventa circularon con frecuencia por los discursos hegemónicos para caracterizar a los jóvenes, en particular en su vínculo con la política. En paralelo al lugar central que las nuevas generaciones comienzan a ocupar en organizaciones partidarias, así como en otros espacios de poder, hace algunos años que en los debates públicos la categoría joven viene dejando atrás las connotaciones negativas asociadas al “abandono de la política” para asumir “su vuelta” desde una retórica en donde las juventudes adquieren usos y significados diversos, según quien sea su enunciador.

El sexto título de la colección *Sociales en debate* está dedicado a reflexionar sobre estas *Juventudes políticas* que hoy se prestan a ser debatidas, evaluadas, cuestionadas y aplaudidas. ¿Son los jóvenes un grupo etario, una generación, un grupo social o una categoría de identificación? ¿De qué manera las juventudes intervienen en la política actual desde la participación, la militancia y el activismo? ¿Cómo fue el proceso de expansión de agrupaciones y organizaciones políticas juveniles durante el kirchnerismo?, son algunos de los interrogantes que recorren el libro.

El volumen se compone de dos partes. En la primera sección se presentan artículos de docentes e investigadores de la Facultad. Marcelo Urresti desentraña los sentidos y representaciones que habilita la participación de los jóvenes en la política. Melina Vázquez reflexiona sobre los motivos y las formas en que la categoría *joven* se ha convertido en un término central para la comprensión del campo político

en el presente. Miriam Kriger aborda el proceso de “politización” y “despolitización” de los jóvenes en el marco de la resurrección de los Estados nacionales. Dolores Rocca Rivarola se interroga sobre los jóvenes desde la militancia oficialista durante el período kirchnerista. Juan Grandinetti analiza los usos y sentidos que adquiere la noción de juventud como categoría política por parte de militantes y dirigentes del PRO. Ana Natalucci realiza un recorrido de la experiencia de la Juventud Sindical desde su genealogía, identidades, tradiciones y estrategia política.

Por último, se incluye el apartado *Voces del problema*, dedicado a la problemática de la cibermilitancia. Distintos actores que participan activamente de la política desde diversas redes sociales (blogs, facebook, twitter) fueron convocados a intervenir con un texto breve. En este marco, Martín Rodríguez, José Cornejo, Florencia Polimeni abordan el fenómeno de la cibermilitancia desde su relación con la aparición y expansión de las agrupaciones juveniles, sus posibles articulaciones con la militancia territorial y sus potencialidades o limitaciones para democratizar la palabra y la horizontalidad de los debates.

Con este nuevo título de la colección, el Área de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires espera contribuir a la promoción de un necesario debate público, aportando el capital intelectual de sus investigadores y generando espacios de encuentro e intercambio para la reflexión con distintos actores de la sociedad civil.

La participación política
de los jóvenes:
entre la incomodidad y los fantasmas

Marcelo URRESTI

SOCIÓLOGO. PROFESOR TITULAR REGULAR DE SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA DE UBA. INVESTIGADOR DEL INSTITUTO
GINO GERMANI.

Como sucede con otros hechos de la política, la participación de los jóvenes es un asunto tan difícil de estimar en términos de magnitud, como de interpretar en materia de sentido. Qué es, qué representa y hacia dónde se dirige, son cuestiones que motivan constantes diferendos en los que las respuestas pueden ser variables y hasta opuestas, incluso frente a un mismo dato o aspecto de la realidad. A la presentación de algunas de estas problemáticas se refiere el artículo que sigue.

Los jóvenes, la sospecha y los déficits

Una cuestión habitual frente a la presencia de los jóvenes en la política es la recurrencia de las voces que señalan sospechas y lecturas capciosas, hecho que casi nunca se registra cuando se trata de adultos. En efecto, hablar de jóvenes y política, supone siempre preguntas insidiosas y polémicas que son síntomas de una cuestión más amplia: la política se identifica tradicionalmente con los adultos e incluso con los adultos mayores, cuando no ancianos según el régimen, lo que coloca siempre en situación de falta a las generaciones menores que, como deben demostrar que están a la altura de una misión tan importante, se les exige credenciales que no son necesarias en los otros casos y se le imponen limitaciones que no valen para el resto.

Hay un mandato implícito y aceptado según el cual la política es una cuestión de madurez, atributo que se supone que los jóvenes no tienen, por estar –según la misma versión– más preocupados por cuestiones transitorias, disfrutando de la alegre irresponsabilidad que sus familias y la sociedad les garantizan. Ser joven supone carencias, condición incompleta que dificulta su acceso a la política y que, cuando ese arribo se produce, atiza permanentemente la sospecha de ilegitimidad.

Un argumento asociado a éste es aquel que identifica a los jóvenes con la falta de experiencia vital: ser joven, entre otras cosas es no haber pasado aún por las duras penas que impone la vida, las pérdidas dolorosas, el trabajo, el ahorro y las privaciones, la conquista de la casa, la responsabilidad mayor de tener y cuidar hijos. Estas cuestiones tan importantes para la vida, relegarían a los jóvenes de los asuntos públicos respecto de los adultos, más conscientes de las limitaciones y las exigencias en las que

habrían forjado un carácter más experimentado, con toda la dignidad que ello supone para conducir a los demás. No haber pasado por estas pruebas, haría de los jóvenes una población poco experimentada para gobernar los destinos del conjunto.

En igual tono, se encuentra el argumento del déficit cognitivo, otro presupuesto general según el cual los jóvenes no tienen los conocimientos suficientes para asumir puestos de responsabilidad pública, algo que en el caso de los adultos se da por aceptado. Así, mientras los adultos pueden gobernar hasta que demuestren lo contrario, los jóvenes tienen que dar muestras sobre su preparación para hacerlo, con la sospecha eterna pendiendo sobre sus cabezas, para lo cual se puede tomar como ejemplo el nombramiento y la gestión de cualquier ministro o secretario de Estado por debajo de los treinta y cinco años: Jesús Rodríguez, Martín Lousteau, Miguel Peirano o Axel Kicillof, en Economía; Sergio Massa o Diego Bossio en el ANSES, Gustavo Béliz o Juan Manuel Abal Medina en Interior, Andrés Delich en Educación. Lo que en el caso de los adultos por defecto se atribuye, por defecto también se predica ausente cuando se trata de los jóvenes.

Estos tres argumentos tradicionales hacen de los jóvenes unos invitados peligrosos en la escena de la política, situación que se revierte en ocasiones especiales cuando los sistemas de gobierno entran en crisis –como por ejemplo, con la llegada de La Cámpora después de la 125–, cuando los cuadros adultos tradicionales carecen de respuestas para los problemas –por ejemplo cuando La Coordinadora asume cargos clave al final del gobierno de Alfonsín– o cuando esos mismos cuadros adultos no quieren comprometer su prestigio ante situaciones difíciles –por ejemplo cuando el llamado Grupo Sushi ocupa puestos en el gobierno de De la Rúa después de la renuncia del vicepresidente Álvarez y la salida masiva del Frepaso del poder ejecutivo–. Se supone que los jóvenes tienen menos que perder y su ambición los conduce a posicionarse en cargos que quedan vacantes de manera anómala o en situaciones poco comunes. Así se completa el modo de vinculación entre jóvenes y escena política: como amenaza en general, como recurso de última instancia en situaciones críticas.

Participación juvenil, ¿índice de qué?

Otra cuestión problemática que se advierte en los debates y que es continuidad de lo anterior, es la de la participación juvenil. Este suele ser otro de los tópicos que aparecen una y otra vez bajo la luz de la preocupación: y no es casual, ya que se trata de participación juvenil, no adulta. La participación –toda– es un asunto muy difícil de definir: es y no es militancia, es y no es adhesión a una causa, es y no es pertenencia a una agrupación o institución, es y no es activismo y, fundamentalmente, es y no es política.

En términos del plano de inscripción, participación puede registrarse en distintos ámbitos partidarios, sindicales o estudiantiles, en movimientos sociales o de base territorial, en instituciones religiosas y deportivas, en ONGs o iniciativas del mundo digital. En cuanto a la intensidad puede involucrar al que se compromete ocasionalmente con alguna causa, al que se expresa en una protesta puntual, al que organiza habitualmente acciones conjuntas con otros, al militante vocacional que entrega su vida por un objetivo, al que hace de esa entrega un modo de vida, así como al que hace de ello un medio de vida. Además, se puede participar en un grupo de presión, en una manifestación, escribiendo un blog o una revista, formando parte del proceso de toma de decisiones en una institución pública.

Como se ve, el universo de lo que se incluye bajo el término participación es tan amplio y complejo que la palabra misma se muestra insuficiente para tanta variedad, carencia que obstaculiza la comprensión de las acciones que incluye. Participación se dice de muchas maneras, muchas veces también contradictorias según desde donde se lo mire. Por eso no es casual que aparezca adjetivada según los grupos y los intereses en pugna: expresiones como “la verdadera participación”, “la participación sana”, “la participación positiva”, “la participación genuina”, entre otras, remiten a universos de valor que definen con mayor transparencia el lugar del sujeto que enuncia, que las características del objeto aludido. Y como suele suceder, los atributos positivos son para la participación deseada o cercana, mientras que los negativos se aplican a la participación de los otros.

Asimismo, la ausencia de participación, suele motivar también la sospecha. Uno de los motivos que más se repitieron en los debates de los noventa sobre los jóvenes, fue la famosa falta de participación política. En esos debates, de modo sintomático, nunca se preguntaba con igual nivel de preocupación por la participación adulta, claramente menguada respecto de la década previa. Los adultos interesados de entonces, en general, militantes juveniles en los setenta, en ese momento o parte del gobierno menemista o parte de su oposición radical o de izquierda, mostraban con mucha preocupación los datos sobre un “desinterés” público apabullante entre las generaciones menores. La falta de participación se endilgaba culposamente –desde la oposición– a una generación a la que se hacía co-responsable por defecto de lo que la generación adulta estaba afianzando de manera directa con su acción política. En ese debate, por ejemplo, nunca se habló de que los protagonistas de la política neoliberal, habían sido en su mayoría jóvenes comprometidos en los setenta.

Algo similar pero de signo contrario sucede con la endémica baja participación estudiantil por fuera de las agrupaciones más persistentes y organizadas: por fuera de las elecciones, en las que ni siquiera la votación consigue convocar a la mayoría, hay una baja presencia de estudiantes en la vida cotidiana de la política universitaria. Esta falta suele serle enrostrada a las agrupaciones estudiantiles como muestra de su débil poder de convocatoria e indirectamente de su baja representatividad. Los aludidos, en cambio, suelen argumentar que no es algo importante, pues los supuestos indiferentes no se acercan porque acuerdan implícitamente con la política desplegada. Este argumento cuenta por lo general con el apoyo activo de adultos cercanos, comprometidos con causas similares. Como se ve, esta presencia débil es objeto de arduas polémicas e interpretaciones desde los ángulos más diversos.

Así, por exceso y por defecto, la participación suele ser motivo de preocupación, expresada entre los adultos más que nada cuando los chivos se suben al corral, lo que se interpreta luego de distintas maneras: si es disruptiva y entra en conflicto con las instituciones, puede ser inconformismo y protesta generacional, pero puede ser también ejercicio de los derechos, como simple vandalismo o destitución; si disputa puestos o reclama influencia sobre el funcionamiento de una organización, cambia de color y puede pasar de ser una legítima aspiración a formar parte del proceso de toma de decisiones para convertirse en ambición de poder, obstaculización o veto cuando hay disconformidad.

Si está ausente o no se la registra, puede leerse como indiferencia y falta de compromiso, como privatismo y anomia, pero también como resistencia distante y disconformidad pasiva, así como en el otro extremo, aceptación, apoyo por defecto, consenso silencioso, y todo esto, sea tanto por derecha, como por izquierda, según los intereses del intérprete y su lugar en un esquema de gobierno o de posicionamiento institucional. Esta matriz de conflicto interpretativo, deja en claro que la participación juvenil es un asunto espinoso, que engendra múltiples versiones de hechos similares, donde no falta la oposición total.

Esto se debe entre otras cosas a que nunca hay una participación juvenil “normal” o “media” o que sea aceptada por todos los actores de un conflicto. Al contrario: por exceso –vicioso– o por defecto –viciado– la participación juvenil siempre está allí como el hecho maldito que recuerda el diferendo generacional, el dato incómodo de una política que no desemboca espontáneamente en la armonía, ni siquiera cuando los intereses y los puntos de vista de las distintas generaciones parezcan alinearse bajo los mismos presupuestos y/o metas. Los jóvenes son ajenos y su “participación” es siempre suplementaria incluso en las instituciones que la aceptan y la fomentan, como es el infrecuente caso de las universidades públicas argentinas.

Hipervisibles, visibles, invisibles, invisibilizados

Según cómo se mire, la presencia de los jóvenes en las instituciones de la política, así como en las instituciones en las que se juega políticamente, va a tener un valor muy diferente. La visibilidad depende de actores interesados como pueden ser los medios masivos de comunicación o las dirigencias políticas adultas, pero también de rutinas cognitivas aceptadas en el ámbito del sentido común que tienden a cierta ceguera inadvertida, como sucede con aristas “poco interesantes” de los mapas mentales establecidos: lo que se ve y lo que no se ve es el producto de estas luchas por la comunicación y el centimetro en los diarios, así como en los abandonos indoloros de la realidad social “menos relevante”. En este sentido hay un espectro de visibilidad donde diversos tipos de jóvenes y de movimientos políticos con impronta generacional irán desde la sobre-representación hasta la invisibilidad absoluta.

La hiper-visibilidad es siempre mediática. No puede ser de otra forma en una sociedad de comunicación masiva donde la influencia pública pasa en buena medida por la presencia recurrente en los medios. La juventud en la esfera pública, como otros hechos de la política, accede fácilmente a los medios cuando es noticia, es decir, cuando produce escándalos, alteraciones institucionales o hechos exteriores al flujo común de la información habitual. Así, los jóvenes y sus acciones políticas son visibles en los medios en situaciones controversiales; cuando hay choques con las fuerzas de seguridad, se violan entradas, se atacan edificios públicos, se hacen escraches, tomas de instalaciones o movilizaciones que interrumpen sin aviso previo el tránsito vehicular. En estos casos de hiper-visibilidad el movimiento estudiantil aparece como protagonista principal, asociado por lo general con la protesta y el descontento. No es casual que esa sea la imagen dominante buscada por el espectáculo mediático, deseo que es normalmente correspondido por la contraparte juvenil. Otro tópico de esta sobre-exposición se aprecia en el accionar de las agrupaciones políticas cercanas al gobierno, más en este momento de enemistades explícitas con la mayoría de los medios de comunicación: los funcionarios jóvenes aparecen como objeto de persecución informativa, sin virtudes, pletóricos de defectos, ambiciones enfermizas, nepotismos, despilfarros y hasta prontuarios privados inconfesables –novias maltratadas, violencia de género, sexualidad herética–.

Este tipo de visibilidad, que se presenta en un grado menor que la anterior, también es mediática,

aunque no está vinculada con el escándalo. Tiene que ver con la normalidad de las instituciones en las que habitan los jóvenes o con la manifestación ordenada de la disconformidad, donde la participación es presentada de manera neutra. Al igual que en el caso anterior, el estudiantado, las agrupaciones que forman parte del gobierno nacional, son los protagonistas de la escena visible cuando hacen sus aportes a las instituciones en las que se encuentran: elecciones, nombramientos de funcionarios, acciones gubernamentales, debates legislativos, movilizaciones y reclamos pacíficos. Allí se aprecia a jóvenes en situación normal, actuando serenamente, lo cual contribuye a la información pero no al espectáculo, algo que los medios toleran estoicamente pero no prefieren, porque esas formas plácidas –incluso de la discrepancia– no aportan a sus negocios. Esta imagen, más infrecuente que la otra, tiene una inflexión más tenue, aunque sea la que representa más prolijamente el rol cotidiano de los jóvenes de las clases medias que participan políticamente en las instituciones.

La primera forma de invisibilidad surge de la falta de atención mediática que suscitan las organizaciones de la sociedad civil entre las que se cuentan las instituciones religiosas y comunitarias, los clubes sociales y deportivos, las asociaciones barriales y en un nivel de intervención técnica y profesional, las fundaciones y organismos no gubernamentales. En ellas se encuentran los jóvenes invisibles, cuya participación pasa inadvertida y sin mención salvo en los suplementos dominicales o en las noticias de la sección “sociedad”, lo cual los aleja de la escena política, suerte de altar donde estos jóvenes son santificados, pero no son percibidos en su acción cotidiana. Los jóvenes invisibles son una suerte de mayoría silenciosa en términos de participación, que contribuye con sus tareas en la vida de los barrios y las múltiples instituciones que canalizan el tiempo libre y la acción voluntaria. Este segmento también concita formas de trabajo remunerado cuando se trata de fundaciones u organismos no gubernamentales donde se reúnen los jóvenes que, lejos del conflicto propiamente dicho, alimentan con militantes y dirigentes nóveles a los partidos políticos de centro y de centro derecha por lo general lejanos de la escena estudiantil. Con pocas excepciones, esto pasa inadvertido también para los investigadores especializados en el tema.

La forma de invisibilidad radical es la que corresponde a los movimientos de desocupados y territoriales de los barrios de sectores populares. En estos casos se trata de una verdadera invisibilización en la medida en que sus integrantes, en su abrumadora mayoría jóvenes, nunca son percibidos como tales y sí como pobres, marginales, indigentes, lo que los alude con otros atributos que sin dudas también poseen, pero les escamotea su condición de pertenencia a una generación que comparte anhelos y esperanzas relativamente comunes que quedan de costado cuando se los menciona de este modo. Algo

similar sucede cuando se los nomina por el método de su reclamo –por ejemplo, como piqueteros– o por sus logros en el reparto de bienes, en el caso de que aparezcan como poseedores de un plan del gobierno. Estas formas de nominación invisibilizan la condición juvenil que sólo queda en “positivo” cuando menciona a otras clases sociales. Al igual que en el caso anterior, esa invisibilidad se advierte en la mayoría de los estudios que tratan de comprenderlos.

Un saldo amargo

De todas maneras, más allá de las distintas formas de aparición, de los prejuicios adultos y de las diferencias entre planos institucionales, el saldo general de la relación entre los jóvenes, la participación y la política tiende a ser negativo, sea por la sobre-representación vinculada con los desmanes y la violencia, sea por la invisibilidad que surge de una acción cotidiana que no despierta alarmas especiales para la producción de la noticia, sea finalmente por la urgencia que presiona a una nominación intencionadamente desviada. La visibilidad pública de los jóvenes responde a una lógica general de la sospecha para la cual, la de esos jóvenes, sólo es positiva en sentido propio cuando se reduce a los ámbitos del estudio y del trabajo, de la familia y del consumo, dentro de los marcos esperados por la sociedad adulta.

Los jóvenes y la política se llevan mal, en la escena del poder, pero también en la de la participación, sea o no conflictiva. Se trata de una situación compleja, con un resultado difícil de torcer, especialmente cuando la acción juvenil que se propone revertir el lugar predestinado y los prejuicios en los que se reproduce, alimenta en la mayoría de los casos los fantasmas y los temores de una sociedad adulta que sospecha de la acción organizada de los jóvenes. Por supuesto que existen las excepciones, aunque por lo general convivan con las intenciones de grupos de adultos que alientan la rebelión juvenil y se valen de ella para desplazar a otros adultos, lo que constituye una encerrona compleja, la de la hiper-visibility, normalmente poco aprovechada por los jóvenes mismos y sí por los adultos que emergen triunfantes o mejor posicionados a partir de esos conflictos. Estos hechos reafirman los fantasmas de la participación juvenil con un saldo amargo para la acción silenciosa o ruidosa de una generación que suele ver desde otra perspectiva la realidad que comparte con las otras generaciones, en una situa-

ción que no le favorece por la edad, pero que normalmente se supera con el paso del tiempo, proceso mediante el cual esos jóvenes dirigentes y activistas se convertirán en adultos y formarán parte de los grupos afianzados, con toda probabilidad, cercanos de los jóvenes cuando sean generación intermedia, más lejanos a medida que aparezcan nuevas generaciones, que irán ocupando el lugar de la sospecha precisamente por ser los últimos en llegar.

La juventud en el kirchnerismo: sobre los principios de construcción pública de los compromisos y las adhesiones militantes*

MELINA VÁZQUEZ

DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES (UBA). INVESTIGADORA DEL CONICET Y DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI (UBA). DOCENTE DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA DE LA UBA.

* El artículo recupera algunos puntos abordados en un trabajo anterior (Vázquez, 2013).

El artículo presenta una reflexión sobre las razones sociológicas y las modalidades en las que la categoría *joven*¹ se ha convertido en un término central para la comprensión del campo político en el presente. Se propone un abordaje desencializador de dicha categoría que toma distancia de los enfoques que abordan *la juventud* como un grupo empírico definido en función de atributos específicos, como podrían ser la edad o cierta etapa de la vida. Inspirado en la sociología del militanismo, este breve trabajo se interroga las modalidades en las que se observa –durante el kirchnerismo– la construcción de *la juventud* en tanto causa pública que produce movilización y adhesiones políticas.

Para ello se analizan diferentes maneras en que se pone en juego la consagración de *la juventud*, vista como principio de identificación y designación de grupos; como resultado de una elaboración colectiva que reconoce una génesis histórica; como un capital político (Bourdieu, 1981); como principio de adhesión y movilización política; como resultado de una objetivación por medio de diferentes tipos de saberes (militantes, académicos y burocráticos, entre otros) y como objeto de controversias por la definición legítima del compromiso y la militancia entre diferentes grupos.

Hacia una sociogénesis de la juventud como categoría política

De acuerdo con el enfoque y con la propuesta mencionada, resulta central un análisis que pondere el abordaje sociogenético de la categoría *joven* en el campo político argentino. De modo muy sintético, podría decirse que el origen de *la juventud* en la vida política suele asociarse con las experiencias militantes de las décadas del '60 y del '70. Ahora bien, si atendemos a la forma de nominación de los grupos, la categoría *joven* parece estar lejos de ser la más importante para entender las formas de activismo de aquellas décadas, puesto que se trata de una categoría supeditada a otras filiaciones. Concretamente, aquellas aluden a la pertenencia a una clase social, a la condición de *estudiante* o a la de *trabajador, obrero y sindicalizado*.²

¹ Las palabras destacadas en itálica indican el uso nativo de términos o expresiones.

² Aunque en algunos colectivos se definen públicamente por medio de la categoría *joven* –como la *Juventud Peronista* o la *Juventud Trabajadora*–

Durante la transición democrática y la vuelta al funcionamiento de las instituciones democráticas, se registra una suerte de primavera en la participación política, cuyo centro está articulado en torno a la figura del *ciudadano*, cuyo acto político por excelencia es el voto en elecciones y la participación política es canalizada por la pertenencia político-partidaria.³

Desde mediados y fines de la década del '90 comienzan a tener importancia formas de participación que ensayaron una profunda crítica a la política representativa y consagraron el valor de otras maneras de participar y de otorgar sentido a la política. Se observa una proliferación de espacios autodefinidos como *autónomos* en los cuales se elabora una narrativa que tematiza la dimensión *juvenil* de los grupos. La misma es postulada como condición de posibilidad del *cambio* y de construcción de procesos políticos caracterizados como *novedosos*. La categoría *joven* constituye un principio de reclutamiento militante, un atributo que da prestigio a sus principales referentes, y en un término de identificación de algunos de los miembros del grupo pero al interior de colectivos se definen públicamente en relación con otras categorías políticas (como por ejemplo la de *trabajador desocupado*). Es decir, cuya militancia está orientada al sostenimiento de otras causas militantes.

A partir de la primera gestión de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner se puede observar que la categoría *joven* comienza a convertirse no sólo en fuente de prestigio sino además en una categoría destacada en el universo de relaciones militantes. De acuerdo con esto, y siguiendo a Tilly (1978), kirchnerismo puede ser leído como contexto de oportunidad política para la emergencia de esta categoría como principal término de identificación y movilización pública. Esto no significa simplemente que es en esa coyuntura política en la que la consagración de *la juventud* "tiene lugar", sino que hay una serie de acciones y dispositivos en los que se reconoce cómo se objetiva la juventud en tanto causa pública. Algunas de las cuales son objeto de análisis a continuación.

dora Peronista-, la construcción identitaria de los grupos no tiene como eje central la condición *juvenil* de sus miembros, por el contrario, el quehacer militante aparece asociado a una forma de compromiso y de vida adulta.

³ En un trabajo ya clásico de Sidicaro y Tenti Fanfani (1998), se analizan las razones que llevaron a que una generación socializada durante sus primeros años de vida en un contexto de fuerte represión, autoritarismo y violencia estatal se vieran interpelados por la política representativa y político partidaria en dicho contexto, como también los motivos por los cuales el debilitamiento de las identidades partidarias y una versión menos épica de la política ligada con la estabilidad de la democracia, llevaron rápidamente al desinterés y al descrédito hacia dichas formas de la política.

Construcción de la juventud como causa militante en el kirchnerismo

La consagración pública de *la juventud* se observa en la manera en que dirigentes y funcionarios kirchneristas adultos hablan a –y acerca de– *los jóvenes*, exaltando la importancia de su participación, de su *compromiso* y su *militancia*. El presente es leído como un mejor momento para militar que cuando ellos mismos fueron jóvenes, es decir, en *los setenta*. Se elabora así un sentido del *deber*, la *responsabilidad* o la *obligación* de asumir compromisos por parte de *la juventud*, a la vez que se destaca la importancia de “darles lugar”.

Durante el gobierno de Néstor Kirchner se desarrolló una estrategia de reconocimiento de demandas y de construcción de alianzas con grupos con protagonismo en el proceso de movilización previo a su gobierno.⁴ Durante la primera gestión de Cristina Fernández, se observa la consagración de La Cámpora como principal agrupación *oficialista*, aspecto que ilustra tanto la importancia de la dimensión juvenil –término en el que se define la agrupación y por el que es reconocida como principal portadora–, como la manera en que el kirchnerismo apuesta a la construcción de sus propios espacios organizativos y de militancia.

La campaña electoral del año 2011 es un interesante marco para analizar cómo el kirchnerismo participa de la consagración *juventud* como *juventud militante*. Una de las principales consignas fue *La fuerza de la juventud*, la cual dio nombre a algunos de los spots televisivos como a la promoción de los 27 candidatos *jóvenes* en las listas del FPV, todos ellos pertenecientes a La Cámpora.

En los spots se observa la objetivación de una *juventud militante*⁵ cuyo activismo es *político, festivo, celebratorio* de la pertenencia a la *nación*, que –en contraposición con las formas de ingresar a la política por parte de los jóvenes en el pasado– ha dejado de “tirar piedras y de luchar contra el poder establecido para empezar a militar en apoyo de las políticas que el Estado impulsa” (“La Fuerza de la Juventud”, campaña presidencial de Cristina Fernández de Kirchner, 2011).

⁴ Proceso que dio lugar a lo que entonces fue definido como *transversalidad* y que redundó en la construcción de alianzas con grupos, en la integración de sus dirigentes en las listas electorales del Frente para la Victoria (FPV) y en su incorporación en áreas de la gestión pública estrechamente relacionadas con sus respectivos saberes militantes.

⁵ Es interesante destacar que la única bandera que logra distinguirse en el spot de campaña es la de La Cámpora, lo cual refuerza la idea de que desde el kirchnerismo se objetiva dicha agrupación como “la” agrupación *juvenil kirchnerista*.

La presentación de los candidatos *jóvenes* de las listas del FPV⁶ se realiza principalmente en una página web, en la que se incluye el nombre de pila de cada uno de ellos, la candidatura por la que compete, una foto y una breve descripción en la que se pondera: la experiencia militante; la trayectoria educativa, poniendo énfasis en el máximo nivel de formación académica que poseen⁷ y, finalmente, la experiencia laboral en la gestión pública. Se destaca su paso por áreas estatales reconocidas como “victorias” dentro del kirchnerismo, por ejemplo, el trabajo en la ANSES o en Aerolíneas Argentinas, como su desempeño en Programas tales como la Asignación Universal por Hijo o Conectar Igualdad.

Lo interesante en relación con esta fuente es considerar tanto la inclusión de candidatos que representan el espacio *juvenil* por excelencia, como los rasgos que son destacados como atributos y como fuente de prestigio militante entre los *jóvenes*. Se ofrece aquí una caracterización alternativa, aunque complementaria, de la *juventud militante* tal como esta aparece en los spots: se destaca la importancia del componente profesionalizado del activismo. Así, las credenciales militantes parecen nutrirse de –y articularse con– saberes expertos y burocráticos.⁸

Los diferentes ejemplos muestran que *la juventud*, antes que un grupo preconstituido, es resultado de un trabajo de homogeneización y de unificación que involucra múltiples y complejas operaciones, en las que se ponen en juego distinto tipo de saberes (militantes, políticos, profesionales), un repertorio de acciones (tales como ofrecer discursos, consagrar símbolos, diseñar e implementar políticas públicas, repertorios de acciones militantes, etc.) asociadas a una serie de autoridades legítimas (los dirigentes adultos, los referentes de las agrupaciones *juveniles*, los responsables de áreas estatales y de la implementación de políticas públicas) que –como en todo acto oficial– poseen las condiciones para dar existencia social a esa categoría y convertirla en causa militante.

⁶ No son incluidos en la misma aquellos activistas que son reconocidos como figuras de la militancia *juvenil* vinculada al kirchnerismo pero por fuera de La Cámpora. Concretamente, Leonardo Grosso de la JP Evita y Facundo Moyano de la Juventud Sindical, que entonces estaba alineada con el kirchnerismo.

⁷ Casi todos ellos registran un paso por la educación superior. Habiéndose formado la mayoría de ellos en la carrera de Derecho, aunque también hay quienes estudiaron Ciencia Política, Ingeniería y Periodismo, entre otras carreras.

⁸ La idea de que hay una militancia ligada con el apoyo al Estado (como se desprende de los spots) y la consagración de una forma de construir el prestigio militante ligado con el trabajo en la gestión pública (tal como se observa en la presentación de los candidatos), permite introducirnos en aquello que los activistas definen como la gestión militante. El desarrollo de un activismo juvenil en, desde y para el Estado posee un valor específico al interior de las agrupaciones kirchneristas que refiere, por un lado, a un compromiso que se define como militante por tratarse de una manera de trabajar: con vocación, con responsabilidad, con pasión, sin atenerse a horarios preestablecidos, comprometida con lo público, responsable y que busca acercar el Estado a los barrios, entre otros de los rasgos destacados por los activistas. Por otro lado, refiere a una concepción en la cual el Estado no es un mero escenario sino objeto de las acciones militantes. Resulta relevante destacar la participación de algunos militantes –en determinadas áreas y dependencias del Estado– en el diseño e implementación de políticas públicas –en general, y de juventud en particular– en las cuales uno de los principales objetivos tiene que ver con la promoción de la participación juvenil.

La militancia juvenil (dentro y fuera) del kirchnerismo

Siguiendo los resultados de un mapeo de organizaciones *juveniles*⁹, a partir del año 2001 y, más especialmente, durante las gestiones de gobierno kirchneristas, se observa la proliferación de espacios juveniles en un amplio espectro político ideológico. En primer lugar, se reconoce la creación de grupos en los cuales el término *joven* forma parte de su nombre o de lo que se objetiva como principales rasgos de dicha militancia.¹⁰ En segundo lugar, se registra la creación –o revitalización– de espacios *juveniles* o de *jóvenes* en organizaciones y movimientos preexistentes.¹¹ En tercer lugar, se observa la creciente importancia que cobra la inclusión y promoción de candidatos jóvenes y/o integrantes de los espacios juveniles de partidos políticos en lugares expectantes de las listas electorales y en posiciones de poder.¹² Finalmente, el mapeo permite reconocer cómo algunos colectivos reelaboran la historia del grupo en clave *juvenil*, aspecto o atributo que pasa a ser rejerarquizado.¹³

⁹ El mapeo incluyó un total de 105 organizaciones y movimientos que se definen públicamente como juveniles o que han desarrollado áreas o espacios específicos para el trabajo con jóvenes en el período 2001-2012 (Vázquez y Vommaro, 2011).

¹⁰ Algunos ejemplos de ello son La Cámpora; las agrupaciones que nacen tomando como referencia no sólo el término *joven* sino, además, a la emblemática *Juventud Peronista*, como la *JP* Descamisados y la *JP* Peronismo Militante; la Juventud de Obras Públicas, el Movimiento Giros, los descamisados de Evita, Generación 27 de Octubre, entre otros.

¹¹ Como es el caso de la *JP* Evita (espacio *juvenil* del Movimiento Evita); la Juventud de Libres del Sur; la Juventud del PRO; la Juventud Sindical; la Juventud del Frente Transversal; la Juventud del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS); la Juventud de la Corriente Peronista Federal; Juventud Partido Solidario; Juventud del Movimiento Proyecto Sur y Juventud de Fierro, entre otras.

¹² Esto se observa en las listas del FPV en las elecciones legislativas del año 2011, como se analizó anteriormente, y también en las legislativas del año 2013 en las listas del FPV, en las del PRO, en las del Socialismo y en Camino Popular. En este caso, la lista de candidatos a diputados nacionales es encabezada por un candidato al que se le reconoce como principal capital militante el *ser joven*. A modo de ejemplo, en uno de los afiches de campaña se incluye la imagen de Claudio Lozano (candidato a Senador Nacional) junto con el término *coherencia*, mientras que *la juventud* es aquello que define Itai Hagman, su compañero de fórmula. Ambas figuras son articuladas con un símbolo de adición que se representa con el término *futuro*.

¹³ A título ilustrativo se puede citar al Frente Popular Darío Santillán (FPDS), agrupación creada en 2004 por impulso de Movimientos de Trabajadores Desocupados enmarcados en la ya mencionada autonomía, en los cuales –como se mencion – la cuestión *juvenil* tenía un lugar subordinado. Sin embargo, varios años después, se observa una resignificación del que hacer militante en clave *juvenil* que se consagra con la figura de Darío Santillán, militante asesinado en la Masacre del Puente Pueyrredón el 26 de junio del año 2002. La interpretación de Santillán como activista y mártir *juvenil* se ilustra, a modo de ejemplo, en la realización de una campaña en el onceavo aniversario de la Masacre para declarar el 26 de junio como día de la *juventud militante*.

Vemos así que la construcción de *la juventud* como categoría relevante en el campo político no se agota en el espectro de organizaciones *kirchneristas* sino que, por el contrario, comienza a ser un valor en diferentes experiencias organizativas, las cuales no solamente se reconocen como *juveniles* sino que participan de una disputa por la definición legítima de dicha categoría, como se ilustra a continuación.

Juventud y militancia: términos en disputa

En este apartado se analizan dos controversias por medio de las cuales se muestra la manera en que diferentes grupos –dentro y fuera del kirchnerismo– participan de una disputa por la definición legítima de la *juventud militante*. La primera de éstas tiene que ver con la conmemoración del décimo aniversario de la Masacre del Puente Pueyrredón, en la que son asesinados Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Días antes del 26 de junio de 2012 desde el espacio Unidos y Organizados se difunde un afiche en el que se convoca a participar de un acto conmemorativo en el microestadio de Racing Club de la localidad de Avellaneda.¹⁴ En el mismo se observa la imagen de Néstor Kirchner junto con la de Santillán y Kosteki con una consigna que señala: *viven en las conquistas del proyecto nacional*; expresión que resignifica la elaborada en el seno de los grupos de los que provienen aquellos militantes, que afirma que quienes han perdido la vida luchando, en este caso los dos militantes asesinados, *viven en la lucha*.

El lanzamiento del afiche fue objeto de una impugnación pública por parte de los militantes del FPDS quienes, en respuesta, realizaron otro afiche en el cual la figura de Néstor Kirchner aparece tachada en color rojo con un mensaje que indica: “Esto no. El kirchnerismo está lleno de cómplices de la Masacre del Puente Pueyrredón”, así como se difunde un comunicado de prensa en el cual se cuestiona el tratamiento realizado desde el kirchnerismo del aniversario, más concretamente, hacia lo que es leído como un intento de apropiación de su causa militante.

El Partido Obrero también difunde un afiche en conmemoración de la Masacre. En el mismo se convoca a otro acto conmemorativo sobre el Puente.¹⁵ Allí, la figura de ambos militantes es colocada junto con la de Mariano Ferreyra, activista de este mismo partido que fue asesinado en el marco de una protesta en el año 2010. La consigna que unifica las tres imágenes sostiene: *castigo a los culpables*.

¹⁴ Localidad en la cual tuvo lugar la represión a la protesta realizada sobre el Puente Pueyrredón y en la que se ubica la estación de trenes en la que ambos militantes fueron asesinados.

¹⁵ Sitio en el que los propios integrantes del FPDS conmemoran a los militantes.

El ejemplo permite visualizar cómo desde espacios políticos diferentes se busca construir una relación de continuidad entre el activismo de dos figuras ya consagradas como emblemáticas de la militancia *juvenil* y los referentes de los propios espacios políticos, como también de sus respectivas causas. Así, las figuras *juveniles* se convierten en un principio de prestigio por el que diferentes agrupaciones políticas entran en conflicto.

El segundo ejemplo se extrae del manifiesto fundacional de la Juventud del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), en el cual se afirma:

En momentos en que los “jóvenes K” de La Cámpora, el Evita o la Juventud Sindical moyanista se quieren arrojar la representación de la juventud militante, nosotros ponemos en pie este proyecto. Lejos de esa “militancia” al servicio del Estado, sentados en los despachos de los ministerios [...], apostamos al desarrollo de una gran corriente clasista, antiburocr tica y combativa en el movimiento obrero y a la construcción de una gran juventud revolucionaria (“Manifiesto por una Juventud Revolucionaria, Trabajadora y Estudiantil”, PTS).

De acuerdo con los objetivos de este artículo, son dos los aspectos a considerar del citado documento. En primer lugar, cómo la creación del grupo pone en juego disputas con lo que se presenta como una suerte de monopolio de la *juventud* por parte del kirchnerismo (*los jóvenes k*) y de otros espacios consagrados, como la Juventud Sindical liderada por Facundo Moyano. En segundo lugar, la impugnación que se hace de la militancia tal como esta es atribuida –en términos acusatorios– al activismo *juvenil* en los referidos espacios. Esto es, hacia un tipo de *militancia* que se nombra entre comillas, o sea, que se postula como ilegítima por tratarse de un activismo *al servicio del Estado*. Así es como se elaboran principios de distinción con aquella militancia y se busca destacar el valor de otra que se define como *revolucionaria*.

Ambos materiales ilustran que el proceso de objetivación de la *juventud*, como principio de adhesión y movilización, y de la *militancia*, como término por medio del cual se describen un repertorio de acciones legítimas por las que un grupo se organiza, son objeto de controversias públicas. Esto permite

entender que la construcción de una causa pública no sólo promueve adhesiones sino también impugnaciones y disputas por la definición de las causas y los atributos de las formas de compromiso a éstas vinculadas. Observamos así, una vez más, que la categoría *joven* es consagrada como un valor por el que diferentes grupos se definen, se diferencian y por el que están dispuestos a competir para convertirse en sus portadores legítimos.

Para concluir, quisiera hacer referencia a la manera específica en la que se presenta la trayectoria militante del Secretario General de La Cámpora en la ya mencionada campaña de *La fuerza de la juventud* en el año 2011. En su trayectoria, descrita en primera persona, se singulariza la participación del militante en algunas experiencias concretas, como por ejemplo: en el centro de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la Villa 20 de Lugano, en la consulta del Frente Nacional contra la Pobreza en el año 2001, en el Frente Barrial 19 de diciembre –un movimiento de desocupados– en el año 2002 y, finalmente, en espacios *juveniles* que entre el año 2006 y 2007 confluyen en La Cámpora. El pasaje por cada grupo, en cada etapa, es postulado en relación con diferentes temas por medio de lo cuales se construye el clima de época y la razón de ser a esa militancia.¹⁶ A través de la descripción de su itinerario militante, se puede comprender el modo en que este y otros militantes llegan a la *juventud* como quien adhiere o abraza una causa. Esto es, leyendo en la *juventud* la posibilidad de llevar adelante un rol militante ligado con la “defensa de lo conquistado” y la búsqueda “por profundizar el modelo” (Andrés “Cuervo” Larroque, “La fuerza de la juventud. Sobre mí”). De acuerdo con esto –y con las diferentes cuestiones tratadas en el artículo– lejos de una condición de las personas o una etapa de la vida, la *juventud* aparece como una manera de tramitar los compromisos en un contexto político particular.

Como se desprende de la sintética reconstrucción de la trayectoria, las causas militantes pueden ser analizadas sociológicamente, desentrañando sus condiciones de posibilidad, su génesis, la capacidad de movilización de adhesiones y también su agotamiento. De acuerdo con esto, es posible sostener que el potencial movilizador de *la juventud* encontrará también sus propias condiciones de repliegue; es decir que tarde o temprano esta categoría política perderá la capacidad de promover adhesiones. Según el punto de vista propuesto, esto no significa que vendrá un tiempo de desmovilización de las “personas jóvenes”, sino que, en todo caso, serán otras las causas políticas y sociales por las que los activistas elaborarán las razones por las que vale la pena luchar.

¹⁶ Como por ejemplo la defensa de la educación pública y la disputas por la representación estudiantil con la Franja Morada, en el marco de su activismo estudiantil; la pauperización de las condiciones de vida de los sectores populares en la década del '90 y la desocupación como marco de su participación en colectivos barriales y de desocupados; etcétera.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1981). "La représentation politique". En *Actes de la recherche en sciences sociales*, (36-37), 3-24.
- Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (comps.) (1998). *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. Buenos Aires, UNICEF/Losada.
- Vázquez, M. y Vommaro, P. (2011). "Juventudes militantes: hacia la construcción de un mapeo de las organizaciones juveniles después de la crisis de 2001", mimeo.
- Vázquez, M. (2013). "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento?" En *Revista Argentina de Juventud*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, en prensa.
- Tilly, Ch. (1978). *From Mobilization to Revolution*. New York, McGraw-Hill Publishing Company.

Fuentes citadas

- "Manifiesto por una Juventud Revolucionaria, Trabajadora y Estudiantil". PTS, Conferencia Nacional de la Juventud del PTS.
- "La fuerza de los jóvenes I". Spot de campaña del Frente para la Victoria, 2011.
<http://www.youtube.com/watch?v=BDrvnX3Qiig>, visitado el 10 de junio de 2012.
- "La fuerza de los jóvenes II". Spot de campaña del Frente para la Victoria, 2011.
visitado el 10 de junio de 2012.
- <http://www.youtube.com/watch?v=jOl4uLcBuLo>, visitado el 10 de junio de 2012.
- "La fuerza de la Juventud. Con Cristina transformando la Argentina".
<http://lafuerzadelajuventud.com/>, visitado el 20 de octubre de 2011.
- "La fuerza de la Juventud. Con Cristina transformando la Argentina". Andrés `Cuervo´ Larroque. Candidato a Diputado Nacional-C.A.B.A. La Fuerza de la Juventud. Sobre mí"
<http://lafuerzadelajuventud.com/andreslarroque/sobre-mi/>, visitado el 25 de octubre de 2011.

Reflexiones acerca de la
despolitización y la politización
juvenil en la Argentina:
entre la desestructuración y la reestructuración
del Estado nacional*

MIRIAM KRIGER

DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES (FLACSO). INVESTIGADORA ADJUNTA DEL CONICET CON SEDE EN
FLACSO. DOCENTE INVESTIGADORA DE LA UBA.

El despertar de los jóvenes y la reinención de las naciones

La cuestión de “los jóvenes”, “la juventud” y “las juventudes” ha cobrado una visibilidad inusitada a nivel global. Tras un par de décadas caracterizadas por la preocupación adulta por la supuesta apatía y rechazo de la política, el nuevo milenio comienza con la irrupción de los jóvenes en el espacio público y su aparente regreso a la política. Pero en este pasaje controversial y complejo, de la despolitización a la politización, es notable cómo lo que en un principio es festejado por gran parte de los adultos que, hacía muy poco habían interpelado moralmente a los jóvenes por su desinterés, pasa a ser una explosión difícil de comprender y controlar, y que luego deviene en una “consagración de la juventud” (Vázquez, en prensa: 1). Todo ello en “un escenario político en conflicto, en el que se ponen en juego confrontaciones por el monopolio de la atribución legítima de la juventud y de sus formas de participación” (Vázquez, en prensa: 2).

Mientras tanto, la nueva generación se impone en los más diversos contextos nacionales con una intrepidez que la diferencia de su predecesora, y a la vez, recuperando fragmentos, ecos y fantasmas de juventudes previas, estableciendo más continuidades que rupturas, pero en una clave aún difícil de interpretar. Parece obligarnos a tomar conciencia del momento histórico que estamos viviendo, toda vez que el orden de los “hechos” vuelve a subsumirse en el de los “acontecimientos” sin augurar por ello ningún “fin de la historia”, sino su renacimiento. Todo lo cual nos desafía a una comprensión compleja de las transformaciones que siguen ocurriendo, tomando distancia del régimen de visibilidad del discurso público, que difícilmente facilita una mirada auténticamente social.

Creemos que gran parte de estos cambios se vinculan con otros históricos en el entramado del Estado nación, y que “la juventud” se conforma en objeto de estudio justamente en el último tercio del siglo XX, cuando el paradigma de la globalización impone el triunfo del mercado sobre las soberanías e identidades nacionales. Hablamos de procesos de desestructuración del Estado nación (Milstein, 2009) que en la Argentina alcanzan su punto culminante en el estallido de diciembre del 2001, tras una dura década para los más vulnerables y en la cual la idea de la juventud como “moratoria social” (Margulis,

1996) queda suspendida, restringiendo a los jóvenes su posibilidad de ingresar al sistema, en una sociedad crecientemente excluyente (Svampa, 2005).

Cuando en la nueva centuria el neoliberalismo termina de colapsar en América Latina y —más tarde a nivel planetario— se produce un giro inusitado: la anunciada muerte de los Estados nacionales da paso a su resurrección, y los procesos de desestructuración de los Estados a los de su reestructuración. En ese marco debemos problematizar el paso de la politización a la despolitización de los jóvenes, habilitando una comprensión situada de los procesos psico-sociales que discurren entre ambos términos, entendiéndolos no como estados sino como posiciones dentro de una dinámica social heterogénea, histórica y continua.

Juventudes en foco

En principio, esto implica tomar decisiones, entre las que señalamos, en relación con el concepto de juventud:

1. Desactivar la mirada adultocéntrica.
2. Plantear múltiples ejes para el abordaje de las juventudes, en plural, por fuera del mito de su homogeneidad.
3. Escuchar las voces de los jóvenes y reconocer sus resistencias y acciones más allá de los marcos formales y de la micropolítica.
4. Detectar nuevos modos de participación y subjetivación política juvenil.
5. Evitar interpelar moralmente a esta juventud con mandatos ligados a la experiencia de otras juventudes, como la de los '70, cuya relación con la política suele idealizarse.
6. Integrar la conflictiva tensión entre *la política* y *lo político* como una relación que se instituye permanentemente en lo social.

En cuanto a “la política” también es preciso definir qué se entiende por tal para no convertirla en mero adjetivo que cambia de signo o valor moral, y conservar en cambio su carácter sustancial. En este sentido, Bonvillani (*et al.*, 2010) plantea que si bien la politización es un horizonte constitutivo de los vínculos sociales, no puede atribuirse carácter político a todo colectivo ni sistema de prácticas. Y, desde

una perspectiva cognitiva cultural, agregamos que si bien todos los hombres son sujetos sociales no todos llegan a ser sujetos políticos autoconscientes, que requiere el desarrollo de un potencial que no es natural sino cultural. En este sentido, "educar al soberano" ha sido una de las funciones originarias de la escolarización, y de allí la relevancia que adquiere la investigación de las relaciones entre el desarrollo de la formación del pensamiento histórico y político.

En la actualidad, y en un contexto que se presenta como de consolidación del proyecto, el discurso social habla de la "reactivación" o "rehabilitación" de la política, particularmente entre los jóvenes. Ello coincide con la reposición paulatina de sus instituciones (sindicatos, partidos, escuelas, policía, ejército) de modo más general, así como de la protesta social y los movimientos, que creemos expresan el involucramiento de los jóvenes en la "cosa pública" y el cuestionamiento de los roles adultos. Pero si bien el mayor interés en la política se presenta como auto-evidente, su caracterización en clave restitutiva resulta contrahistórica; por lo cual se vuelve prioritario el desarrollo de investigaciones empíricas situadas.

En relación con nuestras investigaciones recientes (2010-12)¹⁷, encontramos una fuerte identificación de los jóvenes con la Argentina, fortalecida por la percepción de futuro mejor y que "depende" de ellos. Por otra parte, los cambios más importantes refieren a la representación de la política, ya que tanto la creencia en ella como su valoración tienden a ser positivas, aunque en términos relativos. Esto resulta interesante ya que da cuenta de un proceso de acercamiento a la política que incorpora cierta desconfianza de índole democrática, ligada al control de los ciudadanos del ejercicio del poder político, que podría estar expresando una reconciliación más amplia de la ciudadanía y la política en la Argentina tras su virtual divorcio en la crisis de 2001, en una clave que integra un cierto aprendizaje de esta experiencia.

En esta línea, merece subrayarse que, tanto en la creencia como en la valoración, se impone la visión que distingue la política como herramienta de los usos que les pueden dar los políticos. Otro aspecto a destacar es que existe una representación más positiva de la política, aunque aún parece ser más producto de una inversión moral de su signo que de un cambio en sus significaciones profundas,

¹⁷ Investigaciones dirigidas por Miriam Kriger entre 2010 y 2013, realizadas en siete escuelas de Buenos Aires y Conurbano de distinto nivel socioeconómico, con jóvenes de 17 a 19 años de edad de ambos géneros, argentinos.

y en pocos casos lleva a una puesta en acción. De modo que si bien tenemos elementos para señalar un cambio positivo en las creencias y la valoración, aún no lo vemos expresado en las disposiciones y menos en la participación política efectiva (Kriger y Bruno, 2013). Asimismo, predomina la participación social sobre la política, especialmente en clases medias y luego en altas (Kriger y Dukuen, 2012).

Desafíos situados

Consideramos que es en los nexos entre todos estos niveles (del pensamiento a la praxis) donde deberían centrarse los esfuerzos para promover una educación política activa, que habilite el pasaje de las representaciones individuales a la acción colectiva y a la política como creación común. Esta tarea asume mayor importancia si sumamos el hecho histórico de estar al frente de una generación de jóvenes argentinos que este año votó por primera vez a los 16 años (Ley 26774/12). Esto inaugura nuevos desafíos y nos invita a revisar algunos aspectos importantes de las tareas de investigar y de educar, como: a) el significado del voto en el sistema democrático y su relación histórica con la variable etarea; b) las tensiones político-jurídicas entre la ampliación de derechos a los jóvenes y la reducción de la minoridad; c) el valor del voto como herramienta política en relación con otras prácticas de participación juveniles; y –finalmente– d) las implicancias que tiene el voto joven para la escuela como ámbito histórico de formación de ciudadanía, considerando sus restricciones y potencialidades.

Reconocemos que el más pronto acceso de los jóvenes al ejercicio individual del derecho soberano es una ampliación de ciudadanía, pero sin dejar de notar que el voto no es el tipo de participación demandada ni proclamada por los jóvenes como más propia. Si bien ellos vienen mostrando un creciente interés y participación, su activismo parece caracterizarse por modalidades más informales y por su carácter colectivo, emparentables a formas democráticas *de intervención y de implicación más que de expresión* (Rosanvallón, 2006). Con lo dicho no queremos desestimar la importancia del voto a los 16 años, sino enfatizar la dimensión del desafío frente al cual nos coloca, que es el de acompañar a una nueva generación a apropiarse de este derecho y conferirle sentidos propios. Es una tarea que protagonizarán los jóvenes, pero que interpela a toda la sociedad, especialmente desde la educación y las políticas públicas.

Un ámbito clave es la escuela, que aunque históricamente ha asumido el rol de formar a los ciudadanos, mayormente lo ha hecho mostrando a la política como minando la idea de patria. Si bien en los

últimos años ha habido cambios significativos en las políticas al respecto y los hechos protagonizados por docentes y alumnos parecen decirnos que el encuentro entre la pedagogía y la política es ya ineludible, no es sencilla la tarea de abrir la escuela a los partidos ni generar una conciencia política para convivir con el conflicto (lo que requeriría, entre otros, un profundo trabajo de formación de comprensión histórica y de entrenamiento en la deliberación).

Son muchos los ajustes necesarios, curriculares y también los referidos a la convivencia institucional: ¿sería coherente mantener un sistema de disciplina igual con ciudadanos que votan? ¿Sería posible establecer otros criterios de autoridad, basados en el reconocimiento? Consideramos que estamos frente a una oportunidad histórica para generar nuevas dinámicas de interpelación, reconocimiento y diálogo entre los jóvenes, la sociedad y el Estado.

Bibliografía

- Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro (2010). "Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas de los estudios sobre juventudes y participación política en Argentina". En Alvarado, S.V. y Vommaro, P. (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires, CLACSO.
- Kruger, M. y Bruno, D. (2013). "Youth and Politics in the Argentine Context: Belief, Assessment, Disposition and Political Practice among Young Students (Buenos Aires, 2010-12)". En *Revista Cahiers de psychologie politique*, N° 22. Université de Caen, France.
- Kruger, M. y Dukuen, J. (2012). "Clases sociales, capital cultural y participación política en jóvenes escolarizados. Una mirada desde Bourdieu". En revista *Question*, 1, (35), 328-40, La Plata.
- Margulis, M. (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires, Biblos, 2008.
- Milstein, D. (2009). *La Nación en la escuela. Nuevas y viejas tensiones políticas*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Rosanvallon, P. (2006). *La contrademocracia: La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Manantial.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Taurus.
- Vázquez, M. (en prensa 1 y 2). "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento". En *Revista Estudios de Juventud*. Dossier sobre Jóvenes, Política y Nación (Coord. Dra. Miriam Kriger). Facultad de Periodismo y Comunicación UNLP.

¿Y el partido?
Militancia oficialista y jóvenes
en el período kirchnerista

DOLORES ROCCA RIVAROLA

BECARIA POSDOCTORAL DEL CONICET, CON SEDE EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI (UBA).

DOCENTE DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA. DIRECTORA DEL PROYECTO UBACyT 2013-2015 "CONCEPCIONES SOBRE LA MILITANCIA POLÍTICA EN ORGANIZACIONES OFICIALISTAS EN TIEMPOS DE IDENTIDADES FLUCTUANTES (BRASIL Y ARGENTINA DESDE LAS PRESIDENCIAS DE LULA Y KIRCHNER)".

En términos generales, y el caso argentino no escapa a esos fenómenos, nos encontramos en un tiempo en el que la relación entre un presidente y la ciudadanía parece configurarse y sostenerse luego casi en ausencia de una mediación partidaria permanente o flexibilizando radicalmente su vínculo con su partido de origen (Novaro, 1995; Cheresky, 2007; Fabrini, 2009). Así lo hizo Néstor Kirchner –especialmente desde 2004, y con la excepción del proceso de “normalización” del PJ, que de todos modos no tuvo los efectos deseados por los líderes partidarios locales– y así lo haría Cristina Fernández de Kirchner, más marcadamente luego de la derrota electoral en los comicios legislativos de 2009.

Como resultado, el Partido Justicialista (PJ) como organización no ha experimentado un crecimiento (en cantidad de afiliados, presencia barrial y territorial, etc.) durante los hasta ahora tres gobiernos kirchneristas que vaya de la mano de la popularidad presidencial. Incluso, la revitalización del apoyo al gobierno y de la imagen positiva de Cristina Fernández de Kirchner luego de la muerte de Néstor Kirchner¹⁸ se tradujo más bien en un crecimiento sideral de otras organizaciones (no del PJ), sobre todo de la agrupación La Cámpora en términos de sus dimensiones, presencia territorial y presencia en cargos estatales.

No estamos, entonces, ante la inexistencia de un sustrato organizativo y activista aglutinado alrededor de la figura presidencial. Pero éste no tiene tampoco el formato tradicional de un *partido oficial* o *coalición de partidos*, sino que se trata más bien de un conglomerado de actores colectivos no organizados como partidos ni tampoco aglutinados detrás del movimiento histórico –el peronismo organizado– y con dinámicas internas que nunca terminan de consolidarlo como una fuerza estructurada propia del presidente.

Uno de los modos, entonces, de mirar la militancia oficialista es aproximándonos a sus formatos e intentando comprender cómo construyen los dirigentes y militantes de esas organizaciones sus con-

¹⁸ En torno a esa revitalización, uno de los directores de la consultora de opinión pública Poliarquía decía: “En la presidencia de Cristina Kirchner le quitó muchos puntos la crisis del campo, la recuperación de 2010-2011 le sumó 15 puntos de imagen positiva y la muerte de Néstor Kirchner le dio en un mes un salto de 20 puntos de popularidad”. (Alejandro Catterberg, entrevistado por seccionpolitica.com.ar, 6 de septiembre de 2012).

cepciones sobre la militancia política en un contexto de fluctuación de las identidades, de comportamiento electoral volátil, y de partidos (o incluso movimientos) que han perdido capacidad para generar lazos identitarios duraderos y operantes con el electorado.

Nostalgia y adaptación

Uno de los impactos de las transformaciones en el formato representativo (volatilidad en el comportamiento del electorado y de la dirigencia política, identidades políticas fluctuantes y poca capacidad de los partidos tradicionales para organizar de modo duradero esas preferencias, etc.) sobre las visiones que militantes y dirigentes oficialistas tienen sobre la militancia política es un fenómeno doble de adaptación y nostalgia. Ese fenómeno se observa sobre todo en militantes que vivieron la transición democrática,¹⁹ pero también aparece en varios de los jóvenes militantes ¿Qué quiere decir esto?

Significa que esos actores habrían experimentado una adaptación a las nuevas condiciones de la vida política en sus propias prácticas políticas cotidianas. Esa adaptación, que será descripta más adelante, sin embargo, no se observaría del mismo modo en su discurso de cara al resto de lo que podríamos llamar el mundo político activo (militantes y dirigentes políticos). En ese discurso o testimonios, aparecerían, en cambio, definiciones nostálgicas y apelaciones a un pasado de identidades políticas arraigadas, de partidos (o de su propio partido) que tenían una intensa vida orgánica y con un sostenido y permanente vínculo con el electorado.

La referencia nostálgica apunta específicamente a un pasado de identidades partidarias, aun en un contexto de normalidad institucional intermitente (debido a los golpes de Estado que caracterizaron el escenario político argentino durante gran parte del siglo XX). Y aunque el peronismo, por ejemplo, se caracterizó a lo largo de su historia por autodefinirse a través de un formato organizativo más movimientista que partidario –luego, en los años ochenta la fracción autodenominada “renovadora” abogaría por su institucionalización en tanto “partido”–, la capacidad del PJ para configurar identidades políticas duraderas, para mantener un electorado propio y estable a lo largo de los años y asegurar

¹⁹ Vommaro (2006) considera la elección de 1983 como el último momento de una etapa en la que, por ejemplo, la realización de actos proselitistas masivos predominaba en la campaña como demostración de fuerza electoral –y sobre todo de encarnación popular– frente al contrincante (Vommaro, 2006: 251). Ello sería reemplazado a partir de entonces por caravanas partidarias en diferentes localidades –además de reuniones de pequeña magnitud con diferentes asociaciones civiles– y la comunicación política, a través de los medios masivos, con la opinión pública. Vommaro habla, en ese sentido, de una “nueva tradición democrática” luego del '83, que ya comienza a visualizarse en ese momento a partir de la notoriedad de la figura del indeciso y el independiente en las encuestas.

ciertos niveles de disciplina interna no era menor que la descrita por los autores clásicos de la Ciencia Política para los partidos de masas tradicionales. Todo ello, sin embargo, fue experimentado profundos cambios, iniciados en forma incipiente a partir del retorno a la democracia e intensificados con la crisis de 2001.

Existe, entonces, para los propios actores, un pasado en el que la militancia parecía desarrollarse en otras condiciones, no sólo para quienes la vivieron personalmente como generación sino para quienes imaginan o han tenido acceso a un relato de la misma. Ése es el caso de los jóvenes.

Para los adultos que vivieron la transición democrática, especialmente aquellos pertenecientes aún a las redes territoriales de los PJ locales, o provenientes originalmente de algunas de ellas, la nostalgia, trae aparejada una imagen específica. Posiblemente como resultado de una idealización de la militancia en el pasado, los testimonios presentan un contraste entre el supuesto estado de la militancia en la actualidad y el modo en que se recuerda o se piensa que la misma era hace tres décadas o más con la casi mítica figura del “militante de antes”, dispuesto a hacer cualquier actividad (desde ocupar un cargo estatal decisivo y representar a su organización en reuniones clave con otros sectores, hasta pintar una pared o repartir volantes de la organización en algún ámbito de base).

Asimismo, el pasado sería recordado o imaginado por parte de estos militantes –socializados en la militancia más tradicional– como un momento en el que las reglas del juego partidario y electoral tenían un carácter más previsible y asociado al mundo de la militancia que en la actualidad, mientras que ahora primarían la incertidumbre de los escenarios políticos respecto del mediano y hasta corto plazo, y la volatilidad, no sólo en el voto del electorado, sino en los alineamientos de la propia dirigencia.

Esa idealización, presente en algunos jóvenes, pero predominante en los militantes mayores, se vincula con fenómenos propios de la dinámica interna del oficialismo, especialmente con tensiones al interior del conjunto, entre las redes territoriales de los PJ locales (y grupos dentro de la Confederación General del Trabajo, de pertenencia, también, al PJ), los actores identificados como parte de la “transversalidad” impulsada por Néstor Kirchner desde 2004, las organizaciones sociales oficialistas y los nuevos espacios políticos en ascenso después de la derrota electoral de 2009 (La Cámpora, además de otros movimientos, corrientes y agrupaciones con fuerte presencia juvenil). Tensiones por la influencia terri-

torial, por el lugar o espacio ocupado informalmente dentro del conjunto oficialista, por el reconocimiento a la hora de la conformación de la oferta electoral kirchnerista, y por la coexistencia competitiva dentro de los ministerios y ámbitos del Estado nacional

Ahora bien, ¿Qué rol juegan en esta conflictividad las supuestas tensiones generacionales? Aquí parece tener más peso una forma de argumentación y apelación pública estratégica (funcional) que un problema de roces debidos verdaderamente a una brecha etaria. En otros términos, así como entre los críticos de La Cámpora dentro del oficialismo ha proliferado el argumento de la supuesta inexperiencia, escasa formación y carácter caprichoso de los funcionarios y dirigentes asociados con la agrupación (aseveración asociada a la puja por espacios relativos dentro del oficialismo), para esta agrupación, a su vez, autoidentificarse como el núcleo de la juventud del kirchnerismo es un modo enmarcado en una auto-identificación y una pretensión de constituirse como un sector eventualmente sucesor del gobierno y del oficialismo por encima de los demás sectores que lo han integrado desde 2003.

Como vimos antes, sin embargo, estamos ante un fenómeno doble. Paralelamente a esa nostalgia y referencia a un pasado de identidades políticas arraigadas, se advierte cierta adaptación práctica a las nuevas circunstancias de la vida política, y esa adaptación se observa particularmente en los sectores juveniles.

Veamos tres ejemplos. En primer lugar, el prolífico desarrollo de redes de militancia virtual (redes sociales, blogs, etc.) que, en el caso del kirchnerismo, han sido estudiadas por Garrido (2012). Para la autora, la militancia online en redes sociales de consumo masivo (“Cibermilitancia”), por parte de activistas kirchneristas, no ha sustituido, de todos modos, a la militancia más tradicional o territorial sino que termina funcionando como soporte paralelo o complemento directamente vinculado con aquélla. Es un dato significativo, en el mismo sentido del desarrollo de estos nuevos mecanismos de militancia, el hecho de que la mayoría de las organizaciones en cuestión tengan su propio sitio web con mucha documentación propia online (comunicados, manuales de formación para militantes, textos teóricos o de coyuntura de sus referentes, etcétera).

Un segundo ejemplo es el hecho de que se ha generalizado, en Argentina, durante los gobiernos kirchneristas, un modo de militancia política oficialista que no se plasma estrictamente bajo la forma de partidos políticos, sino de espacios reticentes a organizarse en términos partidarios y que tampoco llaman a sus miembros a afiliarse a algún partido ya existente. La participación activa y pertenencia a estos espacios aglutinados dentro del oficialismo –y predominantemente juveniles– no ha implicado, entonces, la construcción de un partido propio ni la incorporación a otro.

Así, varios de los candidatos a cargos legislativos electos dentro del sello Frente para la Victoria (sello electoral impulsado por el gobierno) –y no pertenecientes formalmente al PJ– en las elecciones de 2005, 2007, 2009 y 2011 no pasaban a pertenecer a algún partido político que funcionara como tal. No había un correlato de afiliación partidaria ni de inscripción formal en una organización partidaria más allá de su reivindicada pertenencia al oficialismo al “proyecto nacional”.

El modo, por ejemplo, en que la organización KOLINA, fundada en 2010 y liderada por Alicia Kirchner, hermana del ex presidente Kirchner, se autodefinía en su sitio web, es ilustrativa de ese nuevo tipo de inscripción y pertenencia que ha proliferado al interior del oficialismo kirchnerista en la última década: la “corriente” se considera a sí misma un “espacio político del movimiento nacional en todas las provincias del país”, y sostiene, con una noción que habilitaría múltiples pertenencias, que “quienes participan [en Kolina] no pierden su identidad ni la de su agrupación, ni la de su movimiento o partido, pues se amalgaman en una corriente militante” (<http://kolina.org.ar/que-es-kolina/>, consultado en mayo de 2013). Más adelante, agrega, sin embargo:

“...en ese orden de ideas, y con el objetivo de contar con una herramienta electoral, se decidió construir un partido político para que todos aquellos que no estén afiliados a ninguno, puedan hacerlo. El Partido KOLINA tiene reconocimiento jurídico político definitivo otorgado por la Justicia Nacional Electoral, e integra en el orden nacional, junto a otros partidos políticos, la Alianza Frente para la Victoria [...] Pertenecer a la corriente KOLINA no obliga a afiliarse al partido KOLINA. La corriente es superadora del Partido, y de otros partidos o lineamientos”.

Tales definiciones, que parecen algo crípticas y de difícil lectura si las pensamos en términos del formato tradicional de partidos de masas (¿acaso podría pensarse, a partir de esa definición, que Kolina es realmente un partido?), son sumamente significativas para abordar la militancia oficialista en esta etapa. Y es que gran parte de la militancia oficialista durante el kirchnerismo parece haberse desplazado por fuera del Partido Justicialista y de otros sellos partidarios que integran el oficialismo (Frente Grande, Partido Intransigente, Partido Comunista Congreso Extraordinario, etc.), para expresarse en forma de corrientes (Kolina, Corriente Peronista Descamisados, Corriente Nacional de la Militancia –en la cual se agruparon varios referentes y legisladores de la transversalidad y otros provenientes antiguamente del

PJ, etc.), movimientos (MILES, Movimiento Evita, Movimiento Libres del Sur –hasta su distanciamiento del gobierno– y Frente Transversal Nacional y Popular) y agrupaciones (no en el sentido de las agrupaciones peronistas tradicionales formalmente enmarcadas en el PJ, sino más bien en la orientación propia de La Cámpora y otras).

En tercer lugar, los protagonistas de esta militancia oficialista establecen vínculos y compromisos flexibilizados o efímeros. Como veíamos antes, los actores cuyo perfil generacional los ubica iniciando su propia militancia en los primeros años desde la redemocratización o antes han conocido otro tipo de vínculos organizativos y partidarios. En cambio, las juventudes que integran varias de estas nuevas organizaciones, movimientos, agrupaciones y corrientes oficialistas y cuya trayectoria comienza en el mismo período kirchnerista o desde las vísperas de 2001 se han socializado en condiciones políticas ya transformadas. Se han incorporado al activismo en un contexto marcado por alteraciones en las formas de adherencia y en el vínculo partidos-electorado, y por la construcción de prácticas de militancia de menor intensidad (aunque tal vez más inclusivas) que las halladas en las décadas previas.

 Una fuerza militante estructurada?

En otros términos, aunque no podríamos pensar en un declive, crisis o reflujo del militantismo juvenil, dado que hay notorias tendencias de adherencia activa, tampoco ser a adecuado plantear el escenario de los últimos años como un mero resurgimiento en la juventud de la militancia política tradicional, dado que nos encontramos ante vínculos caracterizados por una creciente fragmentación y diversidad, no mediados o centralizados por un partido oficial. Ciertamente el PJ no ha cumplido plenamente ese rol durante los gobiernos kirchneristas, lo cual es especialmente palpable en, por ejemplo, la composición de la oferta electoral en 2011. Ahora bien,  en qué medida el espacio denominado “Unidos y Organizados” podr a ser un sustituto como fuerza estructurada oficialista?

El lanzamiento por parte de Cristina Fernández de Kirchner en 2012 de “Unidos y Organizados” parecía inaugurar, por primera vez desde 2003, un espacio de aglutinamiento de aquellas organizaciones y movimientos –con una notoria presencia juvenil de nuevos militantes– que no eran parte del Partido Justicialista, sino que se encontraban más bien dispersos entre sí en su apoyo al gobierno kirchnerista. Tal vez sea un fenómeno algo reciente para poder identificar su potencialidad para devenir una fuerza estructurada o una instancia de coordinación interna y articulación cotidiana.²⁰ Pero el mismo proceso

²⁰ Antes, una iniciativa con algunos elementos en común (aunque más parcial) tuvo lugar en 2004 con el lanzamiento del Frente Patria para

de conformación de las listas para las elecciones primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO) en 2013 no mostró a “Unidos y Organizados” actuando como un espacio orgánico y en funcionamiento coordinado al interior del oficialismo que lograra posicionarse en las listas legislativas como tal.²¹ Todo ello abre nuevas incógnitas sobre la militancia oficialista, sus formatos y las concepciones de los propios actores.

Todos, que incluía a las organizaciones sociales kirchneristas de mayores dimensiones, el FTV, Barrios de Pie, el MTD Evita y el Frente Nacional Transversal y Popular. Pero aquello no se tradujo en la construcción de un espacio de coordinación común, articulación o cooperación permanente entre las mismas.

²¹ El desarrollo de la campaña en la calle, en cambio, sí parece exhibir una coordinación interna mayor de este espacio, aunque no como inclusivo de todos los sectores dentro del oficialismo.

Bibliografía citada

Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*. Buenos Aires, Manantial.

Cheresky, I. (2007) "Los desafíos democráticos en América Latina en los albores del siglo XXI". En *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*. Cheresky, I. (comp.). Buenos Aires, Manantial.

Fabbrini, S. (2009). *El ascenso del príncipe democrático. Quién gobierna y cómo se gobiernan las democracias*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Garrido, N. (2012). "Cibermilitancia 2.0. La juventud kirchnerista en la Argentina de hoy". En *Revista Sociedad y Equidad*, Santiago de Chile, N° 4.

Levitsky, S. (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge, Cambridge University Press.

Novaro, M. (1995). "El debate contemporáneo sobre la representación política". En *Revista Desarrollo Económico*, Vol. 35, N° 137, Abril-Junio.

Vommaro, G. (2006). "Cuando el pasado es presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina". En *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Pucciarelli, Alfredo (coord.). Buenos Aires, Siglo XXI.

Jóvenes de espíritu:
Los usos y sentidos de la “juventud”
en el PRO

JUAN R. GRANDINETTI

BECARIO DOCTORAL DEL CONICET Y LA UNDAV. DOCENTE DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA DE LA UBA.
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA DE LA UBA, MAESTRANDO EN CIENCIA POLÍTICA DEL IDAES-UNSAM Y
DOCTORANDO EN CIENCIAS SOCIALES DE LA UBA.

¿La vuelta de quiénes y a dónde?

Pronunciada con esperanza o con desconfianza, la frase “los jóvenes han vuelto a la política” aparece como una de esas grandes verdades en la que, en los últimos años, políticos, periodistas y académicos argentinos están dispuestos a coincidir. Es que esta nueva verdad es subsidiaria de una vieja verdad, repetida hasta el hartazgo una década antes: “los jóvenes han abandonado la política”.²²

Aun cuando resulte obvio, parece necesario recordar que estos jóvenes no son aquellos. Es decir, que “joven”, así entendido, sólo refiere a un grupo etario que, en tanto grupo, no existe más que en el papel, como mero recorte estadístico para un momento dado, sin consideración de los procesos históricos en los que tiene lugar su situación generacional (Mannheim, 1993).

Este tipo de lecturas obstaculizan un análisis del vínculo entre juventud y política que tome en consideración tanto la socialización de cada generación en relación a los procesos sociopolíticos en los que se desarrolla, como las disputas, históricamente situadas, en torno a la definición de la categoría “juventud”. Desde la perspectiva a la que aquí abonamos, la juventud no es un objeto dado de antemano, sino que es en sí misma objeto de luchas por su nominación legítima (Bourdieu, 2008).

La vuelta de la militancia partidaria

Si afinamos nuestra mirada, veremos que la novedad durante la última década, y especialmente durante el último lustro, consiste no en una vuelta a la política –como si ella hubiera efectivamente sido abandonada– sino en una creciente participación de las generaciones más jóvenes en organizaciones político-partidarias, y más puntualmente en una expansión significativa tanto de la militancia como de la visibilidad pública de aquellas organizaciones políticas que se presentan como juveniles.

²² Para una lectura crítica de la narrativa del abandono y del regreso de los jóvenes a la política, pueden consultarse los artículos de Balardini (2005) y Borobia *et. al.* (2013), respectivamente.

Este fenómeno no sólo habla de un interés creciente por la política en las generaciones más jóvenes –politización generacional que todavía debe ser estudiada con mayor detenimiento en diversos sectores sociales, en tanto su efecto es diferencial– sino, además, de una transformación en los modos legítimos de hacer política, que muestra transformaciones de mayor alcance en la Argentina de los últimos años, fundamentalmente respecto al rol y la legitimidad del Estado como agente, y con él de las instituciones “clásicas” de la política.

Así, la novedad debe buscarse en la relativa centralidad que han vuelto a ocupar las organizaciones político-partidarias como ámbitos de participación. No son los jóvenes –que como grupo social no existen– quienes regresan a las organizaciones partidarias, sino que son éstas las que adquieren nuevamente centralidad como ámbitos legítimos de participación política, cuestión que tiene efectos significativos especialmente sobre las generaciones que se han socializado –y se están socializando– políticamente mientras este proceso tiene lugar, esto es, sobre las generaciones más jóvenes.

La vuelta de la “juventud”

En este contexto, la “juventud” aparece en escena como una categoría políticamente movilizadora y cargada de connotaciones en disputa, que funciona al mismo tiempo como un principio para la conformación de organizaciones políticas. Así, la expansión de las corrientes juveniles de los partidos, y su mayor visibilidad en diversos movimientos políticos (desde La Cámpora a Jóvenes PRO), se vio acompañada de una apelación creciente por parte de la dirigencia política hacia los jóvenes como categoría social, y de una problematización y debate público acerca del papel de las generaciones jóvenes en la vida política.

Que las categorías de juventud o de jóvenes hayan adquirido cierto protagonismo en la política argentina no quiere decir que éstas sean movilizadas en un mismo sentido, es decir, que sus significados y usos políticos sean homogéneos o convergentes. Todo lo contrario, la definición y los usos de estas categorías deben ser entendidos como instrumentos de las luchas políticas y como objetos en disputa, cuya apropiación nos remite a una cierta visión de la política y de la militancia.

La “juventud” en el PRO

En este artículo nos proponemos acercarnos a los usos y sentidos que adquiere la juventud como una categoría política, es decir, como una categoría puesta en juego en las luchas simbólicas por la definición legítima de la política, y por lo tanto, como principio de legitimación y de deslegitimación de ciertas prácticas, y como principio de producción de identidades y alteridades.

Nos ocuparemos aquí de la noción de juventud sostenida por los militantes y dirigentes del PRO, intentando mostrar cómo adquiere múltiples usos y significados en función de ciertas visiones acerca de la política, que a su vez se erigen contra otras visiones, que también hacen uso de las mismas categorías pero en otros sentidos.

El caso del PRO resulta especialmente interesante para estudiar estas cuestiones en tanto se trata de un partido alejado de aquella cultura de izquierdas o progresista desde la que habitualmente se ha pensado la relación entre los jóvenes y la política. Esto nos va a permitir correr nos de ciertas imágenes consagradas, para advertir cómo ciertas categorías son apropiadas y resignificadas en función del estado de las luchas del campo político, y cómo ciertos procesos sociopolíticos de amplio alcance producen efectos diferenciales en actores y sectores sociales diferentes.

Las reflexiones que presentaremos a continuación se basan en el análisis de discursos públicos de dirigentes del partido y de entrevistas en profundidad realizadas a militantes de Jóvenes PRO de la Ciudad de Buenos Aires en el marco de una investigación en curso.

“Gente nueva”: la juventud como renovación de la política

Nacido para presentar la candidatura de Mauricio Macri, empresario y presidente del Club Boca Juniors, a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2003, el PRO (por entonces llamado Compromiso para el Cambio) tiene como gesto fundacional la reivindicación de la entrada a la política de personas sin experiencia previa, especialmente de quienes han sido exitosos en el ámbito privado o en las organizaciones de la sociedad civil. La inexperiencia, lejos de ser un problema para “meterse en política”, es en el PRO una cualidad valiosa que implica no encontrarse contaminado por las “prácticas perversas” de quienes “siempre vivieron del Estado” y participaron de la “vieja política”.

Más allá de que en el PRO participan antiguos miembros de partidos tradicionales como el PJ o la UCR, de partidos liberal-conservadores como la UCeDé o Recrear, y de partidos conservadores del interior del país como el Partido Demócrata de Mendoza, entre otros, el PRO se ha esforzado por presentarse como una renovación de la política, lo que en parte se corresponde con la importante presencia de dirigentes provenientes del mundo empresarial, de la expertise y de las ONG (Morresi y Vommaro, 2013; Mattina, 2012).

La llegada de gente nueva es, en el discurso de los militantes y dirigentes del PRO, sinónimo de la renovación de la política, entendida como ruptura con las viejas prácticas “perversas” de los partidos tradicionales, en los cuales se reproducen y reciclan los mismos dirigentes, cerrándoles las puertas a quienes quieren participar desde otros ámbitos. Es en este sentido que la juventud aparece como la metáfora más pura de la renovación entendida como la entrada de gente nueva sin experiencia política previa y por lo tanto sin el lastre de las viejas prácticas.

Resulta interesante aquí señalar un contrapunto con los significados que asume la militancia juvenil en los espacios kirchneristas. Allí, la participación juvenil es entendida como la continuación del legado de la generación de los sesentas y setentas, y como la recuperación de una herencia perdida en los noventas con el neoliberalismo, la de una “generación diezmada” por la dictadura, que es, a su vez, la generación de sus principales dirigentes, Néstor y Cristina Kirchner. Desde el kirchnerismo, los jóvenes se legitiman como herederos y continuadores de una generación del pasado, y en ese sentido su entrada a la política es también la vuelta de aquellos que ya no están (Vázquez y Vommaro, 2012).

En contraste, desde el PRO se presenta la participación de los jóvenes en el partido como un signo superlativo de renovación, de llegada de personas que por definición no se encuentran contaminadas con la vieja política, porque nunca han participado de ella y por lo tanto no arrastran sus vicios.

En este sentido, la juventud se inscribe dentro de un relato más amplio, que incluye también el ingreso de empresarios, directivos de ONG, intelectuales y figuras del espectáculo, todos ellos, en palabras de Mauricio Macri, “jóvenes de espíritu” y protagonistas de la construcción de una nueva política.

“Sin mochilas”: la juventud como pragmatismo

Esta idea de la juventud como metáfora de la renovación de la política a partir del ingreso de gente nueva puede ser entendida en relación a una visión de la política como gestión eficaz de problemas concretos, en la que las identidades político-ideológicas resultan contraproducentes, obstaculizantes y obsoletas.

Encontramos en el PRO y en los militantes de Jóvenes PRO, una concepción de la política muy ligada a la idea de gestión, a una resolución pragmática de problemas que va más allá de cualquier ideología, considerada como una “mochila”, como algo que restringe la capacidad de acción.

La política resulta, entonces, una gestión no ideológica de problemas de la “gente”, y en este sentido, es considerada un “servicio”. En consecuencia, la ideología es entendida como un conjunto de ideas heredadas del pasado y desactualizadas, que fijan soluciones preestablecidas de antemano y constituyen un obstáculo para una gestión eficiente.

La necesidad de superar las prácticas de la vieja política tiene su correlato en la necesidad de desprenderse de viejos debates del siglo pasado que poco tienen que ver con el presente y que, no sólo ofrecen respuestas dogmáticas y poco flexibles, sino que además introducen asuntos excesivamente teóricos y abstractos, que sólo le interesan a unos pocos y se encuentran completamente desconectados de la gente. Por otra parte, los debates ideológicos implican una actitud contrapuesta a la gestión, un dar vueltas siempre sobre lo mismo sin llegar a hacer nunca nada.

Se entiende así que la juventud del PRO –y a la que el PRO interpela– aparezca aquí como una generación ajena a esos “antiguos debates ideológicos del siglo XX”, de los cuales no ha participado y frente a los cuales no tiene ningún interés porque hablan en un lenguaje y de un mundo que es el del pasado. Estos jóvenes no cargan con identidades político-ideológicas, pero tampoco las necesitan para legitimarse, puesto que, como dijo una militante entrevistada, los “avala la gestión”.

Los jóvenes que el PRO construye e interpela son por definición ajenos a las ideologías y están en condiciones de “pensar de cero”, de proponer nuevas soluciones y asumir una actitud pragmática. Se recuperan también ciertas nociones del sentido común que ligan juventud a entusiasmo, frescura, preeminencia del hacer sobre el pensar, de lo corporal sobre lo intelectual, etcétera.

En consecuencia, la categoría “juventud” articula la idea de una renovación de la política y una ruptura con sus viejas prácticas, con una visión de la política entendida como gestión, es decir como resolución pragmática de problemas.

“Mirar para adelante”: la juventud como superación del pasado

En el nudo de esta cuestión encontramos una visión del futuro como lo opuesto al pasado. El pasado –que es en realidad el presente que ha de quedar en el pasado– aparece representado por la “mala política”, por sus prácticas perversas, por una dirigencia enquistada que se recicla permanentemente, por identidades políticas obsoletas y debates ideológicos que son un obstáculo para el hacer.

El futuro, de este modo, no es entendido como continuidad con una tradición, como recuperación de algún legado o proyecto inconcluso, sino fundamentalmente como ruptura con el pasado; y la política, la “buena política”, entonces, se piensa en tiempo futuro.

Militar y gestionar es “mirar para adelante”, es poner al pasado en su lugar, el lugar de la historia, para desde allí construir el futuro en lugar de reconstruir el pasado. El pasado tiene su lugar, y su lugar no es la política.

Se entiende así que la juventud en el PRO sea considerada como una superación del pasado. En primer lugar, como ya hemos visto porque representa la renovación de la política a partir de la entrada de gente nueva no contaminada con los vicios de la “mala política”. En segundo lugar, porque es ajena a las identidades político-ideológicas del pasado y puede “pensar de cero”, sin condicionamientos, las soluciones más eficientes para la gestión de los problemas de la gente. En tercer lugar, porque representa en sí misma el futuro y por lo tanto encarna una mirada “aspiracional” de la política, más preocupada por su inserción profesional o laboral, que por “las reivindicaciones del pasado”.

Una juventud en disputa

Como ya nos ocupamos de argumentar en las secciones anteriores, los usos y significados de la juventud deben ser leídos en el marco de las luchas simbólicas y políticas de las que forman parte. Resulta imposible no encontrar en estas formas de pensar e interpelar a los jóvenes un intento por disputar sentidos respecto al lugar de esta generación en la política argentina, frente a las formas más visibles

y tematizadas públicamente de militancia juvenil de los años recientes, esto es, frente a la militancia juvenil kirchnerista.

Señalaremos, a manera de conclusión, algunas de estas disputas por el sentido de la juventud en la vida política. En primer término, como ya hemos señalado, si desde el kirchnerismo se piensa a los jóvenes como herederos de una generación interrumpida, como continuadores de una tarea de transformación social aunque por otros medios, desde el PRO se apela a una juventud que no se legitima por establecer lazos con el pasado, sino justamente por romper con ellos o directamente por no poseerlos.

A su vez, si en el kirchnerismo la ruptura con el pasado es con la década del noventa, entendida como una década en la que la política se disfraza de gestión desideologizada y donde las identidades político-ideológicas se pierden, la ruptura del PRO es justamente con una visión “obsoleta” de la política en términos de identidades político-ideológicas para defender una visión fuertemente ligada a la idea de gestión como solución de problemas.

Finalmente, al presentarse a sí mismos como una generación política “aspiracional” y “no reivindicativa”, los Jóvenes PRO movilizan una idea de juventud que pone en cuestión y pretende desacreditar algunos de los principios a partir de los cuales las juventudes kirchneristas construyen su identidad política y se legitiman como militantes.

Bibliografía

Balardini, S. (2005). “¿Qué hay de nuevo, viejo? Una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil”. En *Nueva Sociedad*, N° 200, Buenos Aires.

Borobia, R., Kropff, L. y Nuñez, P. (2013). “La participación política juvenil post-2001/3”. En *Juventud y participación política. Más allá de la sorpresa*. Ed. Borobia, Raquel, Kropff, Laura, Nuñez, Pedro. Buenos Aires, Noveduc.

Bourdieu, P. (2008). “«La juventud» es sólo una palabra”. *Cuestiones de sociología*. Madrid, Akal.

Mannheim, K. (1993). “El problema de las generaciones”. En *Revista Española de Investigación Sociológica*, N° 62, Madrid.

Mattina, G. (2012). “Transformaciones de los formatos partidarios en la democracia argentina: una mirada al PRO desde el ciclo electoral 2011”. En *Sin promesas, sin programa*. Ed. Cheresky, Isidoro, Anunciata, Rocío. Buenos Aires, Prometeo.

Morresi, S. y Vommaro, G. (2013). “The Difficulties of the partisan right in Argentina. The case of the PRO party”. En *The Right in Latin America: Strategies for Political Action*. Ed. Luna, Juan Pablo, Rovira Kaltwasser, Cristóbal. Baltimore, The John Hopkins University Press.

Vázquez, M. y Vommaro, P. (2012). “La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora”. En *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Ed. Pérez, German, Natalucci, Ana. Buenos Aires, Nueva Trilce.

Jóvenes y trabajadores:
la experiencia de la Juventud Sindical
(2009-2012)

ANA NATALUCCI

DOCTORA EN CIENCIAS SOCIALES (UBA). INVESTIGADORA ASISTENTE DEL CONICET. DOCENTE DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS SOCIALES (UBA).

Introducción

A principios de este siglo se produjeron dos fenómenos que generaron novedades en el sindicalismo peronista. Por un lado, las reformas implementadas en el gobierno provisional de Eduardo Duhalde trastocaron el modelo de acumulación del capital delineando un modelo neodesarrollista que luego fue consolidado por Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Este cambio reposicionó al sindicalismo como articulador de demandas obreras. Por otro lado, la asunción de Néstor Kirchner en mayo de 2003 trastocó el espacio militante, produciendo realineamientos organizacionales; el movimiento obrero no estuvo exento de este proceso. De ahí que en 2004 se reunificara la Confederación General del Trabajo (CGT) bajo la conducción de Hugo Moyano.

Ahora bien, este contexto de recuperación económica y revitalización política estuvo lejos de propiciar un proceso de homogeneización del movimiento obrero (Schipani, 2012). En términos generales, se fortaleció la posición corporativa concentrada en mejorar sus condiciones para la negociación. En un sector –sobre todo los sindicatos vinculados al Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) o el “moyanismo”– además surgieron expectativas de incursionar en la política, esto es: integrar listas legislativas, ocupar cargos de gestión o participar en la definición de políticas públicas. En definitiva, su pretensión no se limitaba sólo a convertirse en articuladores de demandas obreras sino también en poder viabilizar demandas de intervención política, recuperando así la tradición del peronismo por el cual el sindicalismo no quedaba restringido a la discusión sectorial/corporativa (Torre, 2012).

En este marco, el moyanismo impulsó dos organizaciones: la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista y la Juventud Sindical (JS). De esta última, nos ocuparemos en este artículo. Sostendremos que en la JS se expresa una doble marca de origen: por un lado, la importancia del actor sindical a la luz de un modelo neodesarrollista que necesitaba de su participación y, por otro, del proceso de creciente politización producido durante el kirchnerismo. Esa tensión se mantuvo en su trayectoria desde su conformación hasta su ruptura con el kirchnerismo. Asimismo, marcó su estrategia política de construcción territorial como de propiciar debates en torno al modelo sindical.

Breve genealogía

La Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista se lanzó el 18 de septiembre de 2009 en Mar del Plata con la consigna “La Hora de los Trabajadores”. La intención era reunir a las organizaciones sindicales peronistas en una corriente político-sindical. Sin embargo, controversias internas impidieron su consolidación. Pese a su suerte, brindó las condiciones para la conformación de la JS.

El 27 de diciembre de 2009 en el marco de un plenario de la Corriente, la JS sentó las bases de su organización en el documento “A los jóvenes de nuestra patria”.²³ En su declaración fundacional, se proponía “pelear contra el hambre, la miseria y la explotación y en favor de la salud, la educación y el trabajo para todos”.

Su primera acción pública fue la participación en la marcha conmemorativa del día de la Memoria el 24 de marzo de 2010. Esto implicaba un cambio para el movimiento obrero peronista hasta entonces reticente a los organismos de derechos humanos, movimientos sociales y partidos de izquierda, al mismo tiempo, que reivindicaba el carácter obrero de muchos detenidos-desaparecidos.

En su proceso de constitución y consolidación, es posible identificar tres etapas. La primera se produjo entre finales de 2009 y principios de 2010 donde confluyeron los sindicatos de Peajes, Telefónicos, Judiciales de la Nación, Lecheros, Canillitas, Camioneros, Aeronáuticos, docentes privados; incorporándose luego Plásticos, trabajadores de Espectáculos Públicos, Textiles, Tabaco, Bancarios, AGOEC, Atención Telefónica y la Unión Informática. A excepción de estos dos últimos, la incorporación de cada uno se realizaba por medio de contactos inter-sindicales, en los cuales cada entidad designaba a un responsable de “juventud”. En este sentido, las escisiones de la organización, en general, se vincularon a las rupturas de las conducciones de los gremios con la CGT liderada por Moyano.

La segunda etapa se extendió entre 2010 y 2011, donde la JS cobró mayor visibilidad pública al mismo tiempo que impulsó como estrategia el trabajo territorial-político, principalmente en la provin-

²³ “Somos jóvenes militantes de diferentes organizaciones peronistas que, desde el orgullo de sabernos parte de la clase trabajadora, venimos a reforzar el mandato que el Movimiento Obrero organizado expresó en la histórica jornada del 30 de abril sobre la 9 de Julio. [...] Nos convoca la coherencia y la lucha de esos dirigentes y de la juventud de ayer y de hoy, quienes en la oscura década de los noventa resistieron contra el embate neoliberal y no claudicaron en sus principios. Hoy, los trabajadores argentinos debemos tener la madurez necesaria para ser, no solo la columna vertebral sobre la cual se erigieron los días más felices del pueblo argentino, sino la cabeza que encamine el destino de la Patria hacia la Justicia Social, la Independencia Económica, la Soberanía Política y la Unidad Latinoamericana. [...] Convocamos a todos los sectores juveniles a la lucha contra todos los intereses sectarios y conservadores que intentan subyugar a nuestro pueblo. A pelear contra el hambre, la miseria y la explotación, y en favor de la salud, la educación y el trabajo para todos. Sabemos que este es el camino, y también sabemos que es nuestro rol como juventud trabajadora ser usina permanente de doctrina, de iniciativas y de proyectos, proponerlos a nuestros dirigentes a nivel nacional, y si es necesario movilizarnos en la calle, para que definitivamente se instale la Justicia Social en la Argentina”.

cia de Buenos Aires. Al mismo tiempo, se produjo un acercamiento entre la JS y organizaciones kirchneristas como la Juventud Peronista del Movimiento Evita y La Cámpora.

La tercera etapa se inició a mediados de 2011. Entonces prevaleció una idea que si bien había estado en el origen de la organización no había podido cristalizarse: la del salto a la política, esto es, la posibilidad que la JS participara del proceso político, concretamente integrara las listas del Frente para la Victoria en las elecciones generales para cargos legislativos y ejecutivos de octubre de ese año. Sin embargo, esta expectativa encontró un límite con el kirchnerismo en tanto este no estaba dispuesto a restituirle a las organizaciones sindicales su estatuto de columna vertebral, de sujeto político; sino más bien de restringir su acción al plano sectorial.

A raíz de esta diferencia, las relaciones entre el kirchnerismo y el moyanismo se tensionaron al punto que a mediados de 2012 este último dejó de reconocerse parte de aquel. La JS quedó alineada con el moyanismo. Esta ruptura, no obstante, no implicó una revisión del pretendido salto a la política, más bien incidió en un cambio de alianzas.

De identidades y tradiciones

Los integrantes²⁴ de la JS provienen de tradiciones políticas y trayectorias personales y laborales diferentes; el punto de unión está dado por su condición de trabajador asalariado. En el documento mencionado “A los jóvenes de nuestra patria” la JS dejó sentada su pertenencia a la clase obrera y al peronismo reivindicando la tradición que se extiende desde José Ignacio Rucci a Hugo Moyano, del programa de La Falda, Huerta Grande, los 16 Puntos de Ubaldini al MTA. Allí se reconocieron jóvenes y pertenecientes a la clase trabajadora. Esta última afirmación era importante ya que les permitía diferenciarse de otros colectivos de jóvenes que por ese entonces proliferaban en el espacio kirchnerista. La JS no sólo estaba constituida por jóvenes sino que estos eran trabajadores. La amalgama de estas dos entidades “jóvenes” y “trabajadores” constituía la interpelación junto con la tradición peronista. En

²⁴ Es importante señalar que cuando me refiero a integrantes aludo a los cuadros intermedios y dirigentes, que básicamente fue el grupo entrevistado. De todas maneras, por observaciones participantes que realicé en marchas y encuentros considero que esta característica es generalizable a toda la organización, incluyendo las bases.

definitiva, la JS no es cualquier juventud o una más en el espacio kirchnerista, sino “la juventud del sindicalismo” y desde esa identidad pretenden aportar al proceso político y a la renovación de las prácticas sindicales.

Pese a la incidencia que ha tenido la tradición sindical en su conformación y trayectoria, ha habido una excepción en su forma de organización interna. Comparte con aquella la conducción centralizada; en este caso en Facundo Moyano secretario general del SUPTA y diputado nacional por el Frente para la Victoria.²⁵ Sin embargo, a diferencia de los sindicatos, la JS no cuenta con secretarías preestablecidas *que hay que completar con nombres*, sino con una serie de *responsabilidades* de las cuales se ocupaban *compañeros de varios gremios*, tales como Organización, Finanzas, Prensa y Difusión y Capacitación.

De estrategia política

Quizás una de las mayores novedades de la JS radique en su estrategia política bifronte conformada por un trabajo territorial y la discusión sobre el modelo sindical argentino.

Sobre el trabajo territorial, la JS promovió la organización en los territorios, fundamentalmente a través de los clubes de barrio. Es cierto que esta característica no es novedosa ya que muchos gremios tienen relaciones de coordinación y trabajo conjunto con clubes, asociaciones, cooperadoras. Sin embargo, lo emergente en este caso –y lo planteo más bien como hipótesis que como conclusión– es la intuición que las transformaciones en el peronismo –atendiendo al proceso de desindicalización ocurrido en los ochenta (Mustapic, 2003), como el de territorialización partidaria consolidado en los noventa (Levitsky, 2003)– eran irreversibles. Y si bien uno de los reclamos era que el movimiento obrero recobrará protagonismo, la idea no era refundar su rol de columna vertebral, sino de cabeza. La estrategia radicaba en que el “movimiento obrero en tanto sujeto histórico [construya] una unidad estratégica con el conjunto de los trabajadores”.²⁶ Desde esta concepción, el trabajo en los territorios es pensada como la instancia para establecer esa relación de articulación con los trabajadores.

Respecto de la discusión sobre el modelo sindical, la JS ha reivindicado la ley de Asociaciones

²⁵ El período del mandato es entre 2011 y 2015. Pese a la ruptura de la CGT con el gobierno, Facundo Moyano ha permanecido (por lo menos hasta noviembre de 2013) en el bloque oficialista.

²⁶ En el Documento “El sujeto histórico de la transformación lo constituye la unidad estratégica de los trabajadores” la organización reconoce que producto de las transformaciones en el neoliberalismo se “heterogeneizó y fragmentó la clase trabajadora” conformándose de tres grandes núcleos: trabajadores técnicos y profesionales, trabajadores operarios, obreros y empleados y trabajadores obreros informales, subocupados, precarizados y desocupados estructurales.

Sindicales N° 23.551, el sindicato por rama de actividad y el sistema de personería gremial; sin embargo en paralelo ha sostenido la necesidad de introducir algunas reformas en pos de profundizar la libertad sindical. Esta decisión se ha plasmado tanto en instancias internas de formación, en los Análisis de Coyuntura que la organización publica periódicamente como en proyectos de ley presentados por Facundo Moyano en calidad de diputado nacional. De modo conciso, los proyectos de ley, que aparejarían cambios en la dinámica sindical, son dos: la reforma a los artículos 38 y 39.²⁷ El primero busca generar condiciones de igualdades para los sindicatos que tengan simple inscripción como para aquellos que tengan la inscripción gremial. Para esto la propuesta es que el empleador actúe como agente de retención de cuotas de afiliación y otros aportes. La premisa que subyace a este planteo es que en los casos de disputa por la representatividad en pos de la obtención de la personería gremial, los sindicatos que sólo cuentan con inscripción simple tienen dificultades para demostrar el número de afiliados cotizantes. De esta manera, si se revirtiera esa discriminación respecto de la retención de cuotas ambos colectivos de trabajadores (con inscripción simple o gremial) estarían en igualdad de condiciones para demostrar su representatividad.

El segundo proyecto, que propone la reforma del artículo 39, busca que los actos y bienes de las asociaciones gremiales con simple inscripción estén exentas de tasas, gravamen o impuestos de la misma manera que tienen aquellas con personería gremial. En definitiva, esta propuesta se orienta a disminuir la carga tributaria que pesa sobre las primeras con el fin de ponerlas en igualdad de condiciones con las ya reconocidas.

Más allá de la suerte que corran estos proyectos y de las posibilidades de aprobarlos en el Congreso de la Nación, lo que me interesa destacar es que desde la JS hay una preocupación por generar instancias y condiciones de igualdad para que puedan organizarse en el marco de la normativa marco vigente. Esta posición, a su vez, es coherente con las relaciones de solidaridad que se han entablado con colectivos de trabajadores que, o bien se conformaron como oposición a sus conducciones –por ejemplo la lista Violeta del gremio de Aeronavegantes–, o bien con aquellos constituidos en actividades productivas surgidas al calor de las nuevas tecnologías, como el SUTAT (atención telefónica) e Unión Informática (informáticos).

²⁷ Vale agregar que Moyano también ha presentado proyectos orientados a la problemática de la vivienda, las asignaciones familiares y la terciarización.

Reflexiones finales

Resumiendo, el propósito de este artículo ha sido describir la trayectoria de la JS a partir de una tensión constitutiva, entre el proceso emergente del neodesarrollismo y el kirchnerismo, entre la representación de las demandas obreras y la representación de demandas políticas.

En esa tensión, la experiencia de la JS presenta por lo menos dos novedades. Primera, la orientación hacia la construcción territorial, favorecida por los vínculos preexistentes de los trabajadores en los barrios en pos de construir esa relación estratégica. Segunda, la puesta en discusión de temas como la informalidad y precarización laboral, el modelo sindical específicamente en lo relativo a la democracia y libertad sindical que afectan a la clase obrera y sus organizaciones con las heterogeneidades producidas por la desarticulación del mundo del trabajo en el pasado reciente.

Estas novedades están atravesadas por una paradoja. La JS se conformó a partir de lo gremial, y ahí es donde tiene su mayor fortaleza, en poco tiempo ha construido una organización que sintetiza trabajo territorial y la generación de discusiones en dos sentidos: hacia dentro del sindicalismo por la situación de los trabajadores y hacia el movimiento en términos de reivindicar posiciones políticas, antes que corporativas, que le permitan (volver a) participar de la política nacional. Este proceso tuvo un ritmo vertiginoso hasta 2012, año de la ruptura de la CGT moyanista con el kirchnerismo. Luego de este acontecimiento, el desarrollo de la organización afrontó otro ritmo, tal vez más lento, pero sin modificar el horizonte de su fundación. En definitiva, como reza una premisa sociológica clásica, en estos procesos no sólo cuentan las intenciones del actor sino también las condiciones no reconocidas previamente y aquellas que escapan a su injerencia.

Bibliografía

Levitsky, S. (2003). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Mustapic, A. M. (2003) "Del partido peronista al partido justicialista". En *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Editores Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. M. Rosario. Editorial Homo Sapiens, pp. 137-161.

Schipani, A. "Los motivos de la fractura". En *Le Monde Diplomatique*, N° 157. Buenos Aires, julio de 2012.

Torre, J. C. (2012). *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Fuentes

Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista. Declaración Agosto de 2009. <<http://www.lastresbanderas.com.ar/nota59.html>>, visitado el 11 de noviembre de 2013.

Juventud Sindical. "A los jóvenes de nuestra patria". Diciembre de 2009. <<http://www.jp.org.ar/2009/12/28/a-los-jovenes-de-nuestra-patria-documento-fundacional-de-la-juventud-sindical-de-la-corriente-nacional-de-sindicalismo-peronista/>>, visitado el 11 de noviembre de 2013.

Juventud Sindical. *Revista Común y Corriente*, órgano oficial de difusión.

Moyano, F. y Merino, G. (2012). "El sujeto histórico de la transformación lo constituye la unidad estratégica de los trabajadores". Marzo de 2012.

SOCIALES
en DEBATE 06

Voces del problema:
#cibermilitancia

Política y redes sociales

La relación de las personas politizadas con las redes sociales adopta muchas formas simultáneas: algunas personas se politizaron a través de ellas o profundizaron su relación, ya que en estos años se conformó un espacio social donde el lector de portales y diarios web interviene como un “lector crítico”. Precisamente, los blogs, twitter y facebook permiten practicar la crítica sobre esos consumos, para dejar de ser sólo espectadores.

Mucha gente vive sobrepensada y subejecutada, es decir, utiliza su mente laboralmente por debajo de sus capacidades, y la sociedad política es un atractivo donde ir a jugar una ficha. La cibermilitancia es un after hour de gente que no quiere agotarse en el circuito socio-laboral o familiar. La conversación pública en los años kirchneristas tuvo un proceso simultáneo: crecieron las redes sociales y se entabló una discusión entre el Estado y los medios de comunicación. Un Estado que repartió netbooks. Una cosa atada a la otra. Cada vez que se quiso uniformar eso, cada vez que el Estado o algún jefe de gabinete quisieron ponerle el cascabel al gato, fue para peor. Los blogueros k tuvieron una forma contracultural frente al monopolio *Clarín*.

No hay militantes sin facebook

La cibermilitancia y la militancia territorial se articulan con más o menos gracia. Se repelen a veces también, ya que la militancia muchas veces significa la afirmación territorial de las personas, de eso que se llama “realidad” y el mundo virtual es visto como un opuesto. El tiempo irá borrando las fronteras. O no.

@Martín Rodríguez
Blog Revolución tinta limón

¿Periodismo militante? ¿Para qué?

¿Para qué sirve la militancia en comunicación y específicamente, la militancia digital? Para responder la pregunta, hay que definir los términos. La militancia no es cualquier tipo de activismo político, sino aquel que comparte los intereses de las mayorías latinoamericanas. En este sentido, un activista de una fuerza troskista o autonomista posiblemente sea un militante, pero nunca un partidario del macrismo.

La comunicación es el frente donde espacios como la Agencia Paco Urondo propone, inserta, activa su militancia. Y la comunicación de los medios masivos en el siglo XXI está cruzada por lo digital. Esto genera especificidades, porque la discusión y la formación política en Internet tienen características (y consecuencias) diferentes a la vieja prensa impresa decimonónica.

Así, los integrantes de la generación digital que se vuelcan a la política (es decir, jóvenes, de clase media, de grandes centros urbanos) se forman parcialmente a partir de su consumo en Internet. El proceso se ve fortalecido por la escasez de militantes de generaciones anteriores (debido al genocidio y luego la hegemonía cultural del neoliberalismo) que pudieron ser maestros de la generación siguiente.

La comunicación desde militantes tiene la responsabilidad de proponer una agenda diferente a los medios del gran capital o en todo caso, otra perspectiva a las problemáticas impuestas.

Una reflexión sobre la militancia territorial

La militancia territorial suele tener un prestigio superior dentro de los múltiples frentes de inserción. En boxeo, sería el peso pesado de la militancia. Esto se debe tanto por razones basistas (resuelven el problema de los más necesitados) como por razones de superestructura (aportan los votos).

Muchas veces, los contenidos de los medios militantes se nutren de las experiencias territoriales. Sobre todo para denunciar situaciones acuciantes de desalojos o persecuciones. Y esto le da a los militantes de base una cierta

exposición pública. El ahora diputado nacional Leonardo Grosso se hizo conocido luego que se hiciera conocida su defensa por los casos de gatillo fácil en el barrio humilde de Carcova, partido de San Martín. O la referencialidad que adquirió el líder villero Alejandro “Pitu” Salvatierra, cuando denunció las matanzas de la Policía Federal y Metropolitana en el Parque Indoamericano. Es posible que su presencia mediática le haya permitido a Salvatierra no ser encarcelado como el macrismo pretendía.

Sin embargo, en cuanto a lo superestructural, la pregunta es más compleja. ¿Cuántos votos aportan los medios compañeros? Para pensar una respuesta, es interesante considerar que el poderosísimo Grupo Clarín no le hizo mella a la candidata presidencial Cristina Fernández de Kirchner en la campaña de octubre de 2011. El rol de los medios no es lineal. En la tesis de grado que realicé junto a Viviana Pereyra (presentada en febrero de 2003, Facultad de Periodismo, UNLP) demostramos que –en el mejor de los casos– los medios de comunicación pueden construir cómo debe ser un candidato pero nunca definirlo.

¿Militancia para militantes?

Este análisis adolece de una visión de “militancia para militantes”, es decir, como si se produjera y consumiera contenidos sólo entre activistas. Lo cierto es que todas las personas tienen un cierto grado de interés político. Desde aquellos que solo les interesa un eslogan para justificar por qué no votan cada dos años hasta quienes destinan interminables horas a pelearse con otros comentaristas del diario La Nación. En apretada síntesis: los contenidos producidos por militantes cuyo frente de inserción es la web son parte más general de la construcción del sentido común colectivo del que los medios masivos son los máximos demiurgos. Al menos en este comienzo del siglo XXI, como fue dicho, no siempre fue así.

¿Qué influencia tiene los medios militantes sobre las organizaciones militantes? A juzgar por la experiencia de la Agencia Paco Urondo, mucha. Eso puede evaluarse en los reconocimientos y cuestionamientos (digitales y personales) que constantemente se le hacen. Es muy difícil que un militante comprometido del área metropolitana desconozca la Agencia. Lo que debe demostrarse es si este aporte potencia el accionar de las organizaciones. Pero el desafío de la Agencia y demás medios militantes se inserta en una problemática aún mayor. Es al conjunto de las organizaciones militantes las que les (nos) toca demostrar su valor social. Si las conquistas alcanzadas en la última década no se sostienen, si no se avanza sobre las cuestiones pendientes, y si ambos fenómenos no tienen un fuerte protagonismo militante, los sectores populares terminarán compartiendo el juicio negativo hacia las organizaciones militantes que promueven los medios del gran capital concentrado.

Ciberespacio, nuevo territorio social

Exponencial es la palabra del hoy. Es el concepto que procura explicar el descomunal cambio en el que estamos inmersos. Exponencial es el término que define todo lo que sucede en el nuevo territorio social: el ciberespacio.

En el ciberespacio los límites se desdibujan, la materia abandona su estado sólido, incluso su estado líquido (para tristeza de Zygmunt Bauman) y ya es imposible contenerla en cualquier recipiente. El ciberespacio es gaseoso, está a alta temperatura y es poco estable. Ha redefinido toda nuestra cotidianidad y nos empuja a redefinir nuestra vinculación con lo político.

El ciberespacio ha forjado una nueva estirpe desafiante de activistas. Los pioneros fueron los hackers que desde hace tres décadas vienen cruzando los límites del mundo físico y cuestionando el orden establecido. Su lenguaje es la línea de código, llana y críptica a la vez, pero poderosa.

Con el tiempo, el acceso masivo a Internet ha lavado el perfil del hacker, lo ha sacado de la clandestinidad corriendo la cortina del código y haciendo la participación en línea accesible para el resto de los mortales. Así, llegaron los hacktivistas cívicos, traductores entre el mundo virtual y el físico que empezaron a delinear los desafíos de inclusión que plantea el ciberespacio y los nuevos derechos que de ellos se desprenden.

Cibermilitancia y ciberactivismo

La cibermilitancia es el último eslabón en la cadena del ciberactivismo. Es la forma básica de participación política en este nuevo territorio, es la hormiguita que construye edificios discursivos de manera caótica y descentralizada a través de millones de bytes de contenido. Memes, fotos, textos y videos que dan cuerpo y sentido a cualquier idea de las miles que militan en la Red con fervor sin que importe cuán pequeño es el nicho al que representan.

El cibermilitante no puede ser contenido en las viejas estructuras organizacionales. Necesita crear organizaciones que expresen la nueva lógica en la cual se relaciona: organizaciones globales con propósitos claros y transformadores que usen tecnologías colaborativas. Necesita trabajar en equipos pequeños y muy interdisciplinarios donde intercambie información con otras personas de manera rápida, sin intermediarios (P2P); en organizaciones que se autoregulen, donde la autoridad esté muy distribuida y pueda colaborar en procesos escalables y fractales de experimentación que no prioricen la planificación sino la inteligencia colectiva. Lo que Salim Ismail llama Organizaciones Exponenciales (ExOs).

De este modo se articula e institucionaliza el activismo en la Red aprovechando las ya conocidas ventajas que dan las herramientas tecnológicas, en particular la posibilidad real e interactiva de que el ciudadano se relacione con lo público desde cualquier lugar ya que, más allá del prejuicio clasista que la tecnología presupone para algunos, la telefonía móvil y las computadoras personales han penetrado transversalmente en todos los hogares generando una oportunidad única como herramienta de inclusión. Experiencias como la de Sugata Mitra son inspiradoras en este aspecto.

Pero, lejos de la mirada tecno-útopica, es importante entender que el ciberactivismo está sujeto a varios desafíos, algunos similares a los de la participación política tradicional. Muchas veces en el ciberespacio, los debates

@Florencia Polimeni
Partido de la Red

son diálogos de sordos o monólogos concatenados iguales a los del mundo físico. El reto que enfrenta el cyberactivismo es poder utilizar las virtudes de la tecnología para deliberar mejor. Escuchar más a los otros y estar dispuestos a enriquecernos con otras miradas. La paleta de contrastes, la diversidad a las que nos permite acceder la Red es una gran aliada en este trabajo. Tener la posibilidad de percibir la variedad de opiniones que existen en torno a cada problemática y la multiplicidad de orígenes, geografías, culturas que están detrás de cada argumento tiene un valor pedagógico maravilloso a la hora de dismantelar universos antitéticos.

Democratización de la información

Otro gran desafío es el de entender que el cibercombatiente no puede ser anónimo, debe hacerse responsable de sus opiniones. De este modo la democratización de la información en la Red adquiere un doble valor, en primer lugar nos permite remontarnos con efectividad por el historial argumental de cualquier activista reduciendo el veletismo que tanto empantana los intercambios de ideas y, además empodera a quienes se comprometen con una causa poniéndolos en pie de igualdad con cualquier otro actor relevante.

Sería inocente de nuestra parte suponer que en este nuevo territorio, los individuos pueden desarrollar conductas completamente distintas a las del mundo físico. Está claro que el zorro pierde el pelo pero no las mañas.

Pero es una realidad que el mundo virtual tiene algunas reglas nuevas. Las reglas de lo "sólido" no pueden aplicarse al pie de la letra en el mundo de lo "gaseoso". Su volatilidad genera cambios exponenciales en el modo en que los individuos se relacionan con consecuencias impredecibles a nivel cultural, organizacional y, más tarde o más temprano, político.

En este escenario la militancia cibernética tiene un potencial transformador maravilloso: como experimentadora en un territorio nuevo, campo de enormes disputas de poder donde es necesario bregar por nuevos derechos y mayor inclusión; como articuladora de nuevas organizaciones y como generadora de nuevos interrogantes.

La apuesta debe ser profundizar realmente la deliberación y no olvidar que la inclusión en el mundo digital debe estar al servicio de la inclusión en el mundo físico que es la verdadera tarea de la política como herramienta transformadora.

Todo cibermilitante sabe que su participación debe tener en mayor o menor medida un anclaje en el mundo real, probablemente redefinido por los potentes vapores del ciberespacio.

Otros títulos de la colección
Sociales en debate

Interrupción voluntaria del embarazo

La problemática habitacional en la Ciudad de Buenos Aires

Seguridad democrática

Trata de personas

Cultura social del dólar

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Decano

Sergio Caletti

Vicedecana

Adriana Clemente

Secretaria Académica

Stella Martini

Secretaria de Gestión Institucional

Mercedes Depino

Secretaria de Proyección Institucional

Shila Vilker

Secretario de Cultura y Extensión Universitaria

Alejandro Enrique

Secretaria de Hacienda y Administración

Cristina Abraham

Secretaria de Estudios Avanzados

Mónica Petracci

DIRECTORES DE CARRERA E INSTITUTOS

Ciencia Política: **Luis Tonelli**

Ciencias de la Comunicación: **Glenn Postolski**

Relaciones de Trabajo: **Stella Escobar**

Sociología: **Alcira Daroqui**

Trabajo Social: **Ana Arias**

Instituto de Investigaciones Gino Germani: **Carolina Mera**

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe: **Mabel Thwaites Rey**

